

Cuadernos del
Bicentenario
· CIHAC ·

LA GUERRA FRÍA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS IDENTIDADES POLÍTICAS Y CIUDADANAS DE LAS MUJERES EN GUATEMALA, COSTA RICA Y CHILE (1945-1973)

Eugenia Rodríguez Sáenz



Eugenia Rodríguez Sáenz

La Guerra Fría y la transformación de las identidades políticas y
ciudadanas de las mujeres en Guatemala, Costa Rica y Chile (1945-1973)

Colección Cuadernos del Bicentenario · CIHAC

— | No. 4 | —

Centro de Investigaciones Históricas de América Central
Universidad de Costa Rica

CIHAC

Centro de
Investigaciones Históricas
de América Central

Cuadernos del
Bicentenario
· CIHAC ·

COLECCIÓN

CUADERNOS DEL BICENTENARIO · CIHAC

Comité editorial:

Dr. David Díaz Arias

Dr. Ronny Viales Hurtado

Dra. Elizet Payne Iglesias

Dr. Héctor Pérez Brignoli

972.860

R696g

Rodríguez Sáenz, Eugenia

La guerra fría y la transformación de las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres en Guatemala, Costa Rica y Chile (1945-1973) / Eugenia Rodríguez S. - 1. ed. - San José : Universidad de Costa Rica, Vicerrectoría de Investigación, Centro de Investigaciones Históricas de América Central, 2018.

38 p.

18 x 25 cm.

Versión digital.

Colección Cuadernos del Bicentenario · CIHAC.

ISBN 978-9968-919-38-8

1. Movimientos sociales 2. Historia 1945-1973. 3. Comunismo. 4. Identidad política – Historia - Guatemala. 5. Identidad política – Historia – Costa Rica. 6. Identidad política – Historia – Chile. 7. Mujeres – Actividad política . I. Título. II. Colección.

Diagramación y artes finales: David Chavarría Camacho.

Corrección de pruebas: Eugenia Rodríguez Sáenz y David Chavarría Camacho.

Portada: Garantías electorales, Costa Rica, agosto de 1947. Museo Nacional de Costa Rica.

PRESENTACIÓN

Colección Cuadernos del Bicentenario · CIHAC	vii
<i>David Díaz Arias</i>	

INTRODUCCIÓN 1

1. La ONU, la FDIM y la internacionalización de los derechos de las mujeres 3

2. Revolucionarias y anticomunistas en la primavera guatemalteca (1944-1954) 5

2.1. La Alianza Femenina Guatemalteca	6
---	---

2.2. Las locatarías del Mercado Central de Guatemala	7
--	---

3. Mujeres comunistas y anticomunistas en Costa Rica (1948-1953) 9

3.1. El Ala Femenina del Partido Unión Nacional	10
---	----

3.2. La Unión de Mujeres Carmen Lyra	11
--	----

3.3. La Alianza de Mujeres Costarricenses	12
---	----

4. Chile: las mujeres anticomunistas y anti Allende (1964-1973) 15

4.1. Mujeres, movilización política y Guerra Fría en América Latina	15
---	----

4.2. Movilización política y sufragio femenino en Chile	16
---	----

4.3. La Acción de Mujeres de Chile y las Campañas del Miedo (1964 y 1970)	17
---	----

4.4. La Marcha de las Ollas y las Cacerolas Vacías y Poder Femenino	19
---	----

CONCLUSIÓN 23

BIBLIOGRAFÍA CITADA 25

Colección Cuadernos del Bicentenario · CIHAC

David Díaz Arias

En el 2021 las sociedades centroamericanas celebrarán doscientos años de independencia política. En estos dos siglos, estos países han pasado por una serie de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que han modelado sus estructuras internas, que han modificado sus subjetividades y que les ha cosechado el presente que tienen. No es por eso sorprendente echar un vistazo a las ilusiones que tenían los individuos que vivieron los primeros años de independencia acerca del futuro de esta región y encontrarse que una buena parte de su programa político no se realizó o bien ocurrió de manera diferente a como lo imaginaron.

A la vez, es fácil identificar una continuidad en esos sueños iniciales surgidos al calor de la emancipación y los anhelos que se presentan en la actualidad, especialmente si se apunta a la idea de producir estados exitosos con economías dinámicas que alcancen las metas del desarrollo y aniquilen las desigualdades políticas, sociales, económicas y culturales. Así, esos sueños de desarrollo e integración entrelazan dos siglos de historia compartida y divergente en la construcción de la cultura política, la institucionalidad estatal y las estructuras económicas y de los modelos de sociedad y de cultura en los países centroamericanos.

La conmemoración del Bicentenario de la Independencia, por eso, nos invita a debatir sobre las vías históricas de producción de la institucionalidad política, económica, social y cultural en Centroamérica en general y de cada uno de los países que integran esa región en particular. Es por eso que el Centro de Investigaciones Históricas de América Central ha decidido producir la presente colección de cuadernos cuyo propósito será reunir estudios, fuentes, bases de datos y propuestas teórico-metodológicas sobre la historia centroamericana.

En ese esfuerzo, se incorporarán tanto trabajos nuevos que brinden importantes aportes a la historiografía del istmo, como estudios que se hayan publicado en el pasado y cuyo indiscutible aporte sigue siendo vigente hoy y legítima su recuperación. La colección pretende ofrecer espacio para la discusión de la historia centroamericana de los últimos dos siglos, impulsar con fuerza esa reflexión, recuperar análisis desarrollados en el pasado y motivar nuevas interpretaciones históricas. Su intención es difundir ampliamente esos productos, para que sirvan de base para entender la Centroamérica que vivirá el Bicentenario. Y todo eso enmarcado como parte de la labor fundamental que lleva adelante el CIHAC en la producción de investigación histórica sobre Centroamérica. Confiamos, por eso, que esta colección será muy importante para estudiantes de secundaria y universitarios, para profesores e investigadores y, en general, para que las sociedades centroamericanas puedan acercarse críticamente a la comprensión de su pasado.

El objetivo principal de esta investigación es analizar en qué medida el fenómeno global de la Guerra Fría, la internacionalización de los derechos de las mujeres y la emergente organización mundial de las mujeres de la pro izquierda comunista y antifascista, contribuyeron a replantear y realinear las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres en Guatemala, Costa Rica y Chile durante el período 1945-1973. Sin duda, la Guerra Fría, al enfrentar a escala mundial a Estados Unidos y a la Unión Soviética, estableció nuevas e inesperadas conexiones entre las especificidades de las políticas nacionales y las demandas priorizadas por la confrontación global entre Washington y Moscú.

El análisis de la temática propuesta se ha dividido en cuatro secciones, que analizan las principales transformaciones en las experiencias de movilización política de las mujeres por país. Con el fin de ubicarlas adecuadamente, en la primera sección se analiza el contexto mundial y el papel que jugaron la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM) en la creación de un régimen global de derechos humanos y en la internacionalización de los derechos de las mujeres. En la segunda sección se considera el caso de las mujeres revolucionarias y anticomunistas durante la “Revolución Guatemalteca” o la primavera guatemalteca (1944-1954), que concluye con el derrocamiento de Juan Jacobo Árbenz en 1954. En la tercera sección se estudian los cambios en las identidades políticas y en la ciudadanía de las mujeres anticomunistas y pro izquierdistas en Costa Rica, en el período entre la Guerra Civil de 1948 y el año de 1953, cuando las mujeres votaron por primera vez en las elecciones nacionales. Por último, la cuarta sección examina el caso de Chile, poniendo énfasis en el papel de la mujeres anticomunistas, católicas y anti Allende durante el período de dominio demócrata cristiano de Eduardo Frei (1964-1970) y del gobierno de unidad de izquierda de Salvador Allende (1970-1973), el cual fue derrocado con el apoyo de las mujeres anticomunistas en 1973.

La ONU, la FDIM y la internacionalización de los derechos de las mujeres

Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, se abrió la etapa de creación de la ONU (1945), de la Organización de Estados Americanos (OEA, 1948) y de un régimen global de derechos humanos y de internacionalización de los derechos de las mujeres, los cuales ganaron preminencia en momentos destacados de la historia de la Guerra Fría (Immerman y Goedde, 2013: 8; Schoultz, 2013: 190-210; Laville, 2013: 523-539). Fue en este contexto que se aprobaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos (ONU, 1948), la Convención Interamericana sobre la Concesión de los Derechos Civiles a la Mujer (OEA, 1948), la Convención Interamericana sobre la Concesión de los Derechos Políticos a la Mujer (OEA, 1948), la Convención sobre los Derechos Políticos a la Mujer (ONU, 1952), y otras declaraciones y convenciones más, las cuales impulsaron las luchas en la consecución de los derechos femeninos. Estas convenciones se adoptaron en el momento en que Europa pasaba por una profunda transformación social y política después de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Además, se encontraban desarticuladas las redes internacionales feministas occidentales que, desde mediados del siglo XIX, lucharon por el sufragio universal, las reformas sociales, la moderación y la paz (Donert, 2013: 178).

En el contexto de la Guerra Fría y del vacío dejado por la desarticulación del feminismo internacional, el comunismo replanteó su ofensiva de búsqueda de alianzas para expandir su causa de la vía pacifista al socialismo a nivel global, como parte de su política de frentes populares (1935-1955) (Valobra, 2015: 127-156). En este sentido, se convirtió en una estrategia fundamental propiciar la organización mundial de las mujeres de diferentes corrientes ideológicas y políticas, y en particular de las mujeres izquierdistas y comunistas, cuya agenda de lucha eran los derechos femeninos. La organización internacional de las mujeres fue liderada por la FDIM, creada en 1945 en Francia, y por muchas otras organizaciones dentro del bloque socialista, que apelaron a un discurso que exaltaba los atributos maternalistas y pacifistas “naturales” de las mujeres (Valobra, 2014: 2). Además, la FDIM se convirtió en un órgano consultivo y en un asesor estratégico de la ONU que, en alianza con el movimiento de mujeres, tuvieron un papel decisivo en el cabildeo para lograr la inclusión de las cláusulas de no discriminación con base en el género, la nacionalidad y la raza en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y en la elaboración de legislaciones sobre los derechos de las mujeres. Pero, en el contexto geopolítico de la Guerra Fría, la FDIM perdió esa condición consultiva entre 1954 y 1967 (Donert, 2013: 179-180; Pieper, 2013a: 52-72).

Pese a ello, es importante destacar que justo cuando el feminismo organizado se encontraba en crisis, y en respuesta a la transformación de la ciudadanía de las mujeres después de la guerra, la FDIM tuvo un papel fundamental en mantener vigente el problema de la discriminación y de los derechos de las mujeres como trabajadoras, madres y ciudadanas. De esta manera, se puede afirmar que la FDIM se constituyó en la primera y principal organización mundial de mujeres de la pro izquierda comunista y antifascista, cuyos principales objetivos eran internacionalizar la visión socialista de las luchas pacifistas, antifascistas y en contra del armamentismo nuclear, mediante la construcción de redes de solidaridad, la organización de encuentros mundiales y regionales, la constitución de uniones de mujeres a nivel local, y las frecuentes convocatorias para seminarios, talleres y misiones de asistencia a las mujeres (Donert, 2013: 183-184; Pieper, 2013a: 52-72; Pieper, 2013b: 2017-226).

Es en este contexto, que debemos ubicar el análisis de las transformaciones que experimentaron las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres latinoamericanas, y en particular de las guatemaltecas, costarricenses y chilenas durante la Guerra Fría entre 1945 y 1973. En este sentido, el presente estudio sostiene que fue la conexión de tres factores principales la que jugó un papel determinante en esas transformaciones identitarias:

Primero, los cambios en la ciudadanía femenina después de la guerra, con la internacionalización de los derechos políticos de las mujeres, y la promoción del sufragio femenino y de la elección de las mujeres en los puestos de elección popular. Aunque las condiciones de la competencia político electoral en los países tuvieron un papel decisivo, también la movilización y organización internacional de las mujeres, y las convenciones sobre los derechos políticos de las mujeres, contribuyeron a incrementar la presión internacional para la aprobación de tales derechos. A la vez, la conversión de las mujeres en ciudadanas votantes y con derecho a ser electas, se convirtieron en factores fundamentales para el ascenso al poder o la pérdida del poder de las fuerzas pro o anti comunistas.

Segundo, la intervención del comunismo internacional –mediante su denominada política de frentes (1935-1955), en la cual fue clave la movilización de las mujeres– que, en el contexto de la Guerra Fría, condujo a la creación de la FDIM para promover la conformación de redes de solidaridad internacional y la organización de las uniones de las mujeres pro izquierdistas comunistas y antifascistas a nivel nacional, de manera que pudieran contribuir a que las fuerzas políticas de izquierda llegaran al poder (Power, 2015: 93-119).

Tercero, la creciente intervención de la Iglesia católica y de los partidos políticos de la derecha anticomunista –gestada desde inicios del siglo XX en Argentina, Brasil y Chile (McGee, 2001)– que, en conjunto con las acciones encubiertas del Gobierno de Estados Unidos, impulsaron campañas agresivas para promover la movilización política de las mujeres derechistas y anticomunistas. Así, estas mujeres se constituyeron en actrices que contribuyeron decisivamente a que las fuerzas conservadoras, derechistas y anticomunistas llegaran al poder (Eduardo Frei, 1964-1970 y luego Pinochet, 1973), o en colaboradoras en el derrocamiento de los gobiernos pro izquierdistas de Guatemala (Árbenz, 1954) y Chile (Allende, 1973).

Revolucionarias y anticomunistas en la primavera guatemalteca (1944-1954)

El período revolucionario guatemalteco constituye una importante etapa de ruptura en la historia de Guatemala y también se considera la primera revolución pro comunista latinoamericana derrocada durante la Guerra Fría (Ameringer, 1978: 98; Longley, 1993: 149-175). Un aspecto a destacar es que las mujeres tuvieron un papel determinante en el triunfo de la revolución, y en la creciente formación de organizaciones y partidos políticos. También, la revolución guatemalteca se puede considerar como uno de los procesos revolucionarios más importantes de América Latina (Rodríguez de Ita, 2012: 21).

En los meses previos a la Revolución de 1944, se organizaron diversas movilizaciones en contra del régimen dictatorial de Jorge Ubico –la más importante fue la del 25 de junio de 1944–, en las cuales participaron estudiantes universitarios y profesores de nivel básico y medio. Pero también, por primera vez, las mujeres, en su mayoría maestras, tuvieron un papel clave, aunque con muertes como la de la educadora María Chinchilla, quien se convirtió en un símbolo nacional del magisterio y de la revolución. La movilización culminó con la participación de jóvenes oficiales del ejército que lideraron el movimiento armado denominado la Revolución de Octubre de 1944. Luego se conformó la Junta Revolucionaria de Gobierno, para preparar las elecciones y las reformas constitucionales que conformarían el nuevo régimen democrático. Fueron entonces electos Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Árbenz (1951-1954), cuyos gobiernos implementaron, entre sus principales reformas, el voto femenino restringido (para mujeres alfabetas, 1945), el Código de Trabajo (1947) y la Reforma Agraria (1952). Esta experiencia revolucionaria fue popular y condujo a un incremento en la polarización política, por lo fue depuesta producto de la acción de las fuerzas contrarrevolucionarias internas y externas, en particular por la intervención de Estados Unidos y de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), la cual ha sido ampliamente estudiada (Rodríguez de Ita, 2012: 21-41; Gleijeses, 1991).

Durante la era revolucionaria, la apertura democrática favoreció sin duda la participación femenina en los partidos políticos y el surgimiento de agrupaciones de mujeres. Así, en 1944 se formó la “Unión Femenina Guatemalteca Pro-ciudadanía” –liderada por Graciela Quan, primera abogada graduada–, conformada por maestras, escritoras, intelectuales y mujeres de élite, la cual demandaba la ciudadanía femenina, obtenida en marzo de 1945 (Asociación La Cuerda, 2011: 152, 154). Aunque no hubo un movimiento sufragista organizado, la Unión lideró la campaña para reclamar el sufragio en el Congreso. El gobierno revolucionario aprobó el voto femenino voluntario y restringido para las mujeres letradas –quedando excluidas las mujeres analfabetas, en su mayoría indígenas–, por lo que las mujeres tuvieron que esperar hasta 1965 para obtener el sufragio femenino universal. Sin embargo, las mujeres también obtuvieron el derecho de ser electas en puestos de elección popular, como diputadas, postulándose en las elecciones de 1948 y 1950, pero fue hasta 1966 que se eligió la primera diputada, la periodista Blanca Luz de Rodríguez (Mérida, 2000: 41-64).

Los principales factores que explican la aprobación del voto femenino restringido en 1945 fueron los siguientes: la participación decisiva de las mujeres en la revolución –en su mayoría de maestras, intelectuales, abogadas y escritoras–, la presión de las mujeres revolucionarias que se organizaron para reclamar la ciudadanía femenina, la necesidad en que estaban los gobiernos revolucionarios de ampliar la base electoral para las próximas elecciones, por lo que con el voto las mujeres podían conseguir un apoyo decisivo para la causa revolucionaria, y el interés de las autoridades por involucrar cada vez a más mujeres, pero con una inclusión progresiva y controlada de aquellas que, por ser analfabetas (como la mayoría de las mujeres indígenas), se presumía que podían apoyar a las fuerzas opuestas a la revolución, por lo que el voto universal femenino solo se aprobó en 1965. A continuación, se analizará el importante papel que tuvieron las principales organizaciones de mujeres, la Alianza Femenina Guatemalteca y las

Locatarias del Mercado Central de Guatemala, las cuales rompieron esquemas ya fuera apoyando o adversando las reformas instauradas en la era revolucionaria.

2.1. La Alianza Femenina Guatemalteca

En la era revolucionaria destaca la importante movilización política de las mujeres mediante la fundación en 1947 de la Alianza Femenina Guatemalteca (AFG), la cual estuvo conformada en su mayoría por maestras, comerciantes, abogadas, obreras de pequeños talleres o fábricas y amas de casa. Esta organización logró fundar el periódico *Mujeres* (1953) y dispuso de diversas filiales en los departamentos de Escuintla, Santa Rosa, Zacapa, Quezaltenango e Izabal (Rodríguez de Ita, 2012: 83-89). La AFG, aunque se declaraba sin ninguna afiliación político partidista o religiosa, se erigió como el principal grupo de mujeres que desarrolló numerosas actividades de apoyo a los gobiernos revolucionarios, particularmente durante la ofensiva contrarrevolucionaria que alcanzó mayor auge en el período de Árbenz.

En este sentido, la AFG jugó un papel determinante al incorporar activamente a mujeres que recién habían adquirido su ciudadanía en los nuevos sindicatos y partidos políticos, postularlas como diputadas, desarrollar numerosas actividades para incrementar la participación de las mujeres de los sectores populares (en su mayoría indígenas) y también para atraer el voto femenino en apoyo de Arévalo y de Árbenz en las elecciones de 1945 y de 1951. Igualmente la AFG divulgó información sobre las reformas del Código de Trabajo y la Reforma Agraria en buena parte del país, y trató de contrarrestar la ofensiva contrarrevolucionaria, en particular la emprendida por las mujeres anticomunistas, mediante la organización de diversas manifestaciones de apoyo al Gobierno y de la divulgación en la prensa de los logros de la revolución entre 1951 y 1954.

Aparte de participar en actividades políticas pro revolucionarias, la AFG también destacó por ser la primera organización civil importante que defendió los derechos de género (Rodríguez de Ita, 2012: 89). A este respecto, los principales objetivos de la AFG revelan claramente la influencia de la FIDM y una de las principales innovaciones heredadas de la revolución y de la Guerra Fría. Esto fue así porque en el contexto del surgimiento de las libertades democráticas, se desarrolló un discurso que articuló la construcción de la democracia y de un futuro mejor para los hijos, con el papel central de las mujeres en las luchas por mejorar las condiciones de las madres, de la niñez y de las trabajadoras, por la defensa de la soberanía y en contra de la intervención extranjera, y por la paz mundial y en contra del armamentismo (Rodríguez de Ita, 2012: 89-90, 92).

La AFG defendió estos postulados mediante la celebración de diversas actividades entre 1951 y 1954, período en el cual se incrementó la ofensiva contrarrevolucionaria y anticomunista en el gobierno de Árbenz, por lo cual era fundamental lograr atraer un mayor apoyo de mujeres de los sectores populares, en particular de las indígenas. En este sentido, la AFG participó activamente en las celebraciones del Primero de Mayo, e impulsó la celebración del 8 de Marzo como el Día Internacional de las Mujeres (1951 y 1954), en el marco del cual se plantearon variadas demandas sobre los derechos femeninos.

Asimismo, la AFG organizó su Primer Congreso Nacional del 26 al 28 de noviembre de 1953, en el cual participaron más de 200 mujeres de la capital y los departamentos, destacando la presencia de mujeres indígenas. La agenda de este congreso contempló la participación de oradoras que defendieron, entre otros temas, el abaratamiento del costo de la vida, el aumento de los salarios, la protección de los niños y la defensa de la reforma agraria. En el mensaje final del congreso, la AFG planteó, como sus principales demandas de género, la igualdad civil, política, socioeconómica y educativa de las mujeres, el voto para las mujeres analfabetas, y la defensa de la paz mundial y de la soberanía nacional; además, llamó a la unidad nacional en el marco de la creciente oposición liderada por las mujeres anticomunistas (Rodríguez de Ita, 2012: 91-92). Por lo tanto, es claro que esta demanda para otorgar el voto a las mujeres analfabetas tenía el claro propósito de ampliar el electorado femenino que podía apoyar la causa revolucionaria (sin embargo, fue hasta 1965 que se aprobó el voto femenino universal).

La AFG se distinguió por promover la solidaridad internacional, mediante su vinculación con organizaciones como la FDIM y la participación en diversos eventos con un significativo apoyo de los gobiernos revolucionarios (Rodríguez de Ita, 2012: 104-106). De hecho, la AFG destacó por liderar la organización del Primer Congreso Interamericano de Mujeres, que se efectuó del 21 al 27 de agosto de 1947 en la ciudad de Guatemala, una actividad auspiciada por la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (LIMPL, fundada en 1919), en conjunto con la sección Guatemala (Rupp, 2010: 140). La organización de dicho congreso se dio en un contexto en el que la comunidad diplomática interamericana cambió el enfoque de la reforma económica y social al énfasis en la oposición al comunismo, posición que fue apoyada por los gobiernos americanos (Miller, 2010: 202). Por lo tanto, en este escenario anti-comunista el congreso estuvo a punto de cancelarse, ya que Estados Unidos negó el financiamiento a la LIMPL, con el argumento de que la mayoría de las integrantes guatemaltecas de la comisión organizadora se encontraban identificadas con la revolución, y tenían alguna orientación comunista o soviética que podría influir en el congreso (Rodríguez de Ita, 2012: 106).

En consecuencia, las guatemaltecas disolvieron su sección de la Liga y fundaron la “Unión de Mujeres Democráticas”, la cual trató de involucrar en la organización del congreso a diversas organizaciones femeninas guatemaltecas. Al parecer, el apoyo del Gobierno de Árbenz fue clave para su realización del congreso, entre cuyas principales resoluciones estuvo la de reconocer la legitimidad y el accionar de la ONU y de la Unión Panamericana para resolver los conflictos, instancias a las cuales dirigieron esos acuerdos, así como a los gobiernos latinoamericanos. Además, entre otras resoluciones, estaban las que promovían la defensa de los derechos de las mujeres, la defensa del bienestar de la niñez, la paz mundial y el anti armamentismo, objetivos que también defendía la FDIM. Las declaraciones finales de este congreso en contra de la intervención de Estados Unidos en los países latinoamericanos y de las dictaduras, y a favor del desarme mundial, llevó a que algunas delegadas al congreso, como la costarricense Ana Rosa Chacón, consideraran que el congreso era pro soviético. De esta manera, fue evidente la influencia de la Guerra Fría, por lo que no sorprende que en la prensa guatemalteca se divulgara el titular de “Congreso femenino vira a la izquierda” (Rodríguez de Ita, 2012: 111).

2.2. Las locatarias del Mercado Central de Guatemala

Del papel de las agrupaciones femeninas anticomunistas se tiene poca información hasta ahora, pero parece que no lograron la misma cohesión que la AFG, ya que en su mayoría formaban parte de los partidos opositores, como el Partido Unificación Anticomunista (1949). Pese a ello, jugaron un papel muy importante en las fuerzas antirrevolucionarias y anticomunistas desde inicios del período revolucionario, y particularmente durante la intensificación de las manifestaciones entre 1951 y 1954. Además, la participación de estas mujeres anticomunistas se articulaba en las campañas electorales y en diversos movimientos en contra de los gobiernos revolucionarios, especialmente durante el período de Árbenz. Entre esas organizaciones anticomunistas estuvieron la Central Anticomunista Femenina, fundada en marzo de 1952, la cual, junto con otras organizaciones, firmó un manifiesto para pedir la disolución del Partido Comunista; y el Comité Nacional Central Femenino Anticomunista, creado en 1954 (Rodríguez de Ita, 2012: 98-99).

De acuerdo con Patricia Harms (2011: 112-113), es preciso replantearse el peso que tuvieron los factores internos y sociales que llevaron al derrocamiento del Gobierno de Árbenz, y en particular el papel decisivo que jugaron en ese proceso las mujeres anticomunistas y la crisis económica que golpeó a los sectores más vulnerables. En este sentido, es preciso destacar la movilización de las locatarias del Mercado Central de Guatemala, en su mayoría mujeres jefas de hogar, pobres, iletradas e indígenas, que se movilizaron con una agenda propia y en forma creciente, demandando mejores condiciones en el mercado y para sus hijos, y en especial en contra del creciente costo de la vida. El principal objetivo de los gobiernos revolucionarios fue mejorar las condiciones sociales de estos sectores más vulnerables, mediante salud y educación y programas de asistencia social, por lo que estas mujeres en principio los apoyaron, en particular durante la etapa de Arévalo. De hecho, las locatarias del Mercado Central de

Guatemala tuvieron diversas reuniones con Arévalo y Árbenz para negociar mejores condiciones laborales, y trabajaron en alianza con la AFG y con la esposa de Arévalo, Eliza Martínez, haciendo así prevalecer en forma pragmática su agenda política y económica, legitimada por su fe y vínculo con la Iglesia católica (Harms, 2011: 113, 118-120).

Sin embargo, al llegar Árbenz al poder en 1950, la situación económica empeoró, factor que tuvo un peso determinante para que estas mujeres tomaran la senda del anticomunismo, llegando a tener un rol clave en articular la resistencia anticomunista femenina en contra del Gobierno en múltiples movilizaciones. Ellas lideraron dichos movimientos aliándose a la Iglesia católica –encabezada por el arzobispo Mariano Rossell y Arellano–, a los estudiantes universitarios, a los partidos políticos anticomunistas y a la élite terrateniente. La postura anticomunista de estas fuerzas se fortaleció poco a poco, ya que consideraban que los gobiernos revolucionarios constituían una grave amenaza para sus intereses, logrando unir a su causa el creciente descontento popular. Fue el arzobispo Rossell y Arellano el que logró articular una fuerte campaña en contra de las reformas revolucionarias, que atentaban contra el poder que la Iglesia tenía sobre las obras de asistencia social y la educación, y contra las tierras de los grandes propietarios (Harms, 2011: 113, 116-117, 120).

Rossell y Arellano, aunque no logró atraer el apoyo de los obreros y trabajadores urbanos y rurales, sí llegó a convertirse entonces en el más exitoso reclutador de las mujeres de diferentes clases y etnias para su causa anticomunista y opositora, logrando acercar a los sectores que eran claves para los gobiernos revolucionarios. Al igual que en el caso de las mujeres anti comunistas y anti Allende chilenas, el discurso anticomunista del arzobispo, típico de la Guerra Fría de entonces, apelaba a que las mujeres y los roles de género estaban siendo amenazados por la revolución y el comunismo, por lo que las madres y esposas debían defender la fe, sus familias y la nación. Por otra parte, Rossell y Arellano trató de movilizar a las mujeres de clase alta y media para que votaran a favor de los candidatos opositores al proyecto de los gobiernos revolucionarios (Harms, 2011: 118-120).

Según Harms (2011: 120, 123-124), el movimiento liderado por las mujeres del Mercado Central de Guatemala, con el apoyo de los estudiantes universitarios y de la Iglesia, fue el punto de quiebre determinante. En julio de 1951, las locatarias encabezaron una masiva manifestación en contra de las reformas implementadas para cambiar el nombre del orfanato Hospicio Nacional Centro Educativo por Centro de Asistencia Social, designar a un nuevo director identificado con políticas secularizantes y promover que los empleados del sector educativo se afiliaran al Sindicato de Trabajadores de Educación Guatemaltecos, adhesión a la cual se oponía una buena parte de esos funcionarios. La Iglesia católica, al sentir amenazado el poder que tenía sobre las obras de asistencia social, logró movilizar a las mujeres y a los estudiantes bajo la consigna de “abajo el comunismo y arriba la religión”.

Aunque esta manifestación masiva fue violenta y hubo heridos y varios muertos, el resultado final del movimiento fue el retiro de las reformas implementadas y la conversión de las locatarias en líderes nacionales del movimiento contrarrevolucionario, siendo su principal líder Concha Estévez. Además, las locatarias se unieron al recientemente fundado Partido Unificación Anticomunista, en el cual formaron el Comité Anticomunista de Locatarias. Por otra parte, es importante enfatizar que, a diferencia de las mujeres de clase alta, estas mujeres tuvieron un mayor espacio y margen de movilización en la esfera pública, por lo que su politización fue mayor. De esta manera, las locatarias, al haber tenido un rol clave en articular la resistencia anticomunista femenina en contra del Gobierno, llegaron a ser consideradas “heroínas” del proceso que culminó con la caída de Árbenz en 1954 (Harms, 2011: 122, 128).

Mujeres comunistas y anticomunistas en Costa Rica (1948-1953)

En esta sección, se analizará el papel de las organizaciones de mujeres comunistas y anticomunistas durante el período de 1948-1953, etapa en la que, al igual que las guatemaltecas, las mujeres costarricenses no solo consiguieron el derecho al voto, sino que también sus identidades políticas, que habían construido en el decenio de 1940, fueron profundamente transformadas. Tales cambios ocurrieron en un contexto histórico que, a nivel nacional, estuvo dominado por el conflicto armado de 1948 y su impacto en la institucionalidad de Costa Rica y en el sistema de partidos (Díaz, 2015). El marco externo de tales procesos fue la etapa inicial de la Guerra Fría.

En efecto, desde 1943, antes del inicio de la Guerra Fría, se consolidó una división fundamental entre las mujeres costarricenses, al diferenciarse aquellas que apoyaban a los gobiernos de Rafael Ángel Calderón Guardia y de Teodoro Picado Michalski –progobiernistas–, de las mujeres anticomunistas que los adversaban. El respaldo vino principalmente de mujeres que pertenecían o simpatizaban con el Partido Comunista de Costa Rica (PCCR), en su mayoría maestras, que se encargaron de empezar a movilizar a las mujeres de los sectores populares. La oposición, en cambio, provino mayoritariamente de mujeres de clase media y alta, entre las cuales sobresalían maestras y profesoras, pero también amas de casa pertenecientes a dichas clases (Rodríguez, 2014: 49-84).

Así, el inicio de la Guerra Fría introdujo dos innovaciones principales: la primera fue que permitió a las mujeres antigobiernistas consolidar el énfasis en la defensa de la democracia y de las libertades y garantías electorales como uno de sus ejes discursivos. A este desafío, las mujeres progobiernistas respondieron con una estrategia que acentuaba el deber de las mujeres de defender y profundizar las reformas sociales. En ambos casos, como en otras organizaciones de mujeres guatemaltecas y chilenas, se apeló de forma predominante al maternalismo. De esta manera, la construcción de la ciudadanía femenina, aún antes de la aprobación del voto femenino, descansaba decisivamente en la maternidad, tanto para las mujeres progobiernistas como para las anticomunistas (Rodríguez, 2017: 133-152).

En el caso de Costa Rica, luego de finalizado el conflicto armado de 1948, que llevó al poder al grupo liderado por José Figueres, se evidenció todavía más el impacto de la Guerra Fría. En este sentido, para el propio Figueres el enfrentamiento de 1948 podía ser considerado como “el primer campo de batalla contra el comunismo en América Latina” (Figueres, 2000: 416; Ameringer, 1978: 98). De acuerdo con la perspectiva de Figueres, fue en suelo costarricense en donde se había vencido por primera vez a los comunistas, por lo que se adelantó a rechazar la afirmación, frecuentemente repetida después, que la primera vez que se ganó la batalla contra el comunismo fue con el derrocamiento de Árbenz y el final de la revolución guatemalteca en 1954 (Ameringer, 1978: 98; Longley, 1973: 149-175; agradezco a David Díaz estas referencias).

Posterior a la guerra civil de 1948, las principales fuerzas políticas del país, conformadas por los calderonistas (partidarios de Calderón Guardia) y los comunistas, quienes habían conformado el Bloque de la Victoria en 1943, fueron perseguidas y desarticuladas, lo que resultó en el fortalecimiento de los vencedores de esa guerra: los ulatistas (partidarios del presidente electo en 1948, Otilio Ulate Blanco) y los figueristas. Luego de dicho conflicto, se promulgó la Constitución de 1949, que creó el Tribunal Supremo de Elecciones como un poder independiente, ilegalizó al Partido Vanguardia Popular (nombre que asumió el PCCR a partir de 1943) y aprobó el sufragio universal femenino (Rovira, 1982: 39-63; Díaz, 2015).

De esta manera, con la aprobación del sufragio femenino y el derecho a competir en puestos de elección popular, a las mujeres se les abrieron nuevas y ampliadas posibilidades de inserción en la política electoral (Rodríguez, 2002), en el marco de campañas electorales dominadas por discursos fuertemente

influidos por el anticomunismo de la Guerra Fría (Muñoz, 2008: 96-111; Muñoz, 2008-2009: 160-185; Molina Vargas, 2011: 259-298; Gamboa, 2013: 143-165; Barrientos, 2015: 1-46). También, de cara a la campaña electoral y a las elecciones de 1953, las mujeres se constituyeron por primera vez en actrices decisivas en los resultados electorales. Desde 1943, para los partidos políticos era claro que les convenía como estrategia política involucrar activamente a las mujeres en las tareas proselitistas de apoyo a los candidatos, perspectiva que fue puesta en práctica por el Partido Liberación Nacional (PLN), el Partido Demócrata (PD), el Partido Unión Nacional (PUN) y el Partido Progresista Independiente (PPI).

Además, a partir de 1948, las mujeres antigobiernistas, en particular las que participaron en los movimientos de 1943 y 1947 en defensa de los derechos electorales (masculinos), experimentaron una rápida recomposición y realineación. En el caso de las que se habían opuesto a las administraciones de Calderón Guardia (1940-1944) y de Picado Michalski (1944-1948), pronto se produjo una profunda división que separó a las profigueristas (y más tarde proliberacionistas) de las que adversaban a Figueres y al PLN. Tal escisión tuvo como resultado el inesperado hecho de que las mujeres que habían construido liderazgos políticos en el período anterior a 1948, y las organizaciones o círculos femeninos que las habían apoyado, pertenecían ya fuera al PCCR o a las fuerzas de oposición no figueristas (en particular figuras como Ángela Acuña Brown y Emma Gamboa Alvarado).

Debido a lo anterior, una vez que se produjo la división antes referida, el PLN se encontró con que carecía de fuertes liderazgos femeninos de cara a las elecciones de 1953. Para enfrentar esa situación y empezar a construir primero y a consolidar después esos liderazgos, la dirigencia del PLN optó por designar a tres mujeres en puestos elegibles en los comicios de diputados: María Teresa Obregón Zamora, Ana Rosa Chacón González y Estela Quesada Hernández, quienes habían destacado en las fuerzas antigobiernistas durante la década de 1940 y participado activamente durante la guerra civil de 1948. A su vez, a las mujeres que se alinearon en contra del figuerismo, el nuevo marco de la Guerra Fría pronto les proporcionó recursos para denunciar a Figueres y al PLN no sólo como procomunistas, sino como fascistas, según se constata en el “Manifiesto de las mujeres castristas”, que apoyaban al candidato presidencial Fernando Castro Cervantes, publicado poco antes de las elecciones del 26 de julio de 1953 (“Manifiesto de las mujeres castristas”, 1953: 2).

Para analizar el papel que jugaron las organizaciones femeninas en el contexto anticomunista de la campaña electoral de 1952-1953, se pondrá énfasis en aquellas organizaciones que, como las influidas por los comunistas, se ubicaron del lado de los perdedores en el conflicto armado de 1948, y en aquellas que resultaron derrotadas en los comicios de 1953, es decir: el Ala Femenina del Partido Unión Nacional (1949), la Unión de Mujeres Carmen Lyra (1949) y la Alianza de Mujeres Costarricenses (1952). El principal desafío que enfrentaron estas organizaciones fue cómo interpelar eficazmente a mujeres recientemente convertidas en ciudadanas, en una época de rápida y profunda transformación de las identidades partidistas y de ascenso, en las políticas nacionales, de nuevas preocupaciones y demandas de dimensión global.

3.1. El Ala Femenina del Partido Unión Nacional

Aunque el Ala Femenina del Partido Unión Nacional (AFPUN) fue fundada en 1949, poco se conoce hasta ahora del desarrollo que tuvo entre 1949 y 1952. Sin embargo, poco después del regreso al país de Ángela Acuña (“A mediados de marzo”, 1952: 1, 4), se anunció la formación del Primer Partido Nacional Femenino de Costa Rica en abril de 1952, con carácter independiente y bajo su liderazgo. Acuña, además, estuvo cerca de proponer, por vez primera, la implementación de un sistema de paridad electoral, al tratar el tema de la ubicación de mujeres y hombres en las listas de los puestos de elección popular. No obstante, en mayo de 1952, la iniciativa para crear el partido femenino había quedado absorbida en el proceso de reactivación del AFPUN, que empezó a intensificar sus actividades en el contexto de la campaña electoral (“Anúnciase organización”, 1952: 1-2, 8). El candidato del PUN, Mario Echandi, tuvo claro la importancia de integrar el potencial femenino de cara a las elecciones de 1953, por lo que le abrió un espacio al AFPUN para asegurarse tal apoyo.

Al analizar sus planteamientos, resulta claro que una innovación que introdujo la Guerra Fría fue

que promovió que las mujeres anticomunistas –de clase media y alta a diferencia de las locatarias guatemaltecas–, se valieran del discurso a favor de la democracia para empezar a promover nuevas reivindicaciones y derechos. Así, el AFPUN estableció una clara conexión entre el discurso a favor de la democracia y la promoción de las reivindicaciones y los derechos de las mujeres, y apelaba a que las mujeres le dieran el voto al PUN por la afinidad que este partido tenía con las mujeres, porque había apoyado su derecho a elegir y a ser electas (“Partido Unión Nacional (color azul)”, 1952: 4), en contraste con otros partidos que simplemente las utilizaban.

Como el PUN enfatizaba en su campaña que era “...el partido del antifiguerismo. Ese antifiguerismo [que] repudia a los hombres de ideas comunistas...” (“El Partido Unión Nacional”, 1952: 4), el AFPUN también apeló a las mujeres para que dieran su voto a dicha organización política, y para que se unieran para luchar en contra del comunismo y a favor de la democracia y de los principios cristianos de la vida y de la política (“Partido Unión Nacional (color azul)”, 1952: 4). En correspondencia con esa apelación, el AFPUN también celebró una convención para atraer el voto femenino a favor del PUN, el 27 de abril de 1952 en el Estadio Nacional (“A las mujeres del Partido Unión Nacional”, 1952: 8).

Además, al igual que en el PLN y gracias a la influencia de Ángela Acuña, se logró la postulación de tres mujeres diputadas (incluida ella), pero que no fueron electas al desistir Echandi de su candidatura. Al retirarse Echandi de la contienda por la elección presidencial y continuar solo como candidato a diputado, el accionar del AFPUN se prolongó apenas por un corto período tiempo. Sin embargo, sus estrategias fueron innovadoras, ya que las mujeres del AFPUN compusieron un himno y un corrido, los cuales exaltaban las virtudes de Echandi, al cual consideraban como “...el caudillo que promete hacer justicia a la mujer.”¹ También dicha organización elaboró un manifiesto político titulado “El Ala Femenina de la Unión Nacional”, el cual evidencia cómo los discursos maternalistas y a favor de la democracia también posibilitaban la defensa de nuevas reivindicaciones y derechos femeninos. Este manifiesto contenía veinte puntos en los cuales se enfatizaban las nociones de “ciudadanía moral y maternal” y las funciones de “salubridad social” y de “entrega sin límite” de las mujeres, que también habían sido desarrolladas por las mujeres reformistas, feministas y del Bloque de la Victoria en el período anterior a 1948.

Tal manifiesto redefinía y ampliaba aún más los objetivos de iniciativas similares realizadas en el pasado, como la de la Liga Feminista (1923) y la que culminó en el “Manifiesto de las Mujeres Reformistas” (1923) (Mora, 2003: 245-281). El documento de la AFPUN planteaba un proyecto político innovador e inclusivo de las mujeres de los sectores populares, elaborado por mujeres de clase media y alta. También promovía la formación y la capacitación de las mujeres, su postulación como diputadas y la protección y ayuda a las mujeres ‘indefensas’ y a las madres.² De las reivindicaciones planteadas por el AFPUN, cabe destacar particularmente la de luchar sin tregua por abaratar el costo de la vida, un objetivo que fue promovido por los comunistas en la década de 1940 para movilizar a las mujeres a favor de las reformas sociales (Rodríguez, 2014: 61-64). De esta manera, un asunto de carácter predominantemente doméstico, como era asegurar la satisfacción de las necesidades mínimas de la familia, dejado tradicionalmente al cuidado femenino, podía ser invocado para politizar a las mujeres tanto desde la derecha como desde la izquierda del espectro político.

3.2. La Unión de Mujeres Carmen Lyra

Debido a la ilegalización de que fue objeto luego de la guerra civil de 1948, el PCCR debió replantear sus estrategias, incluidas las relacionadas con la participación política femenina, la cual formaba parte de las metas del comunismo internacional y de la FDIM. Fue así como se fundó la Unión de Mujeres Carmen Lyra (UMCL) el 22 de mayo de 1949, la cual tuvo como órgano oficial el periódico *Nosotras* y se unió a la FDIM en mayo de 1951 (“Acuerdos y resoluciones”, 1951: 1). También, la UMCL se distinguió por una

1 “Himno del Ala Femenina”, Archivo Ángela Acuña, Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Nacional, Heredia, t. 4, 1952: 265.

2 “El Ala Femenina de la ‘Unión Nacional’ declara”, Archivo Ángela Acuña, Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Nacional, Heredia, t. 4, 1952: 267.

fuerte campaña de denuncia de los problemas de cedulación y empadronamiento que experimentaban las nuevas electoras, y por promover una toma de conciencia del importante papel que tenían las mujeres en las elecciones de 1953, aunque al PCCR no se le permitiera competir en esos comicios (“¿Por qué debemos y tenemos que votar las mujeres?”, 1952: 2).

El programa de la UMCL, al igual que el de la FDIM y la AFG, destacó además por la introducción de varias innovaciones que asociaban la lucha por los derechos de las mujeres con la justicia social, con la unión de las mujeres centroamericanas y con la paz mundial. Igualmente, dicho programa incorporaba el rescate de la obra de la escritora Carmen Lyra y la fundación de una casa de la cultura. Entre los principales postulados programáticos figuraban: luchar por los derechos políticos sociales y económicos de las mujeres, ampliar la cultura cívica femenina, promover la igualdad salarial entre hombres y mujeres, expandir y hacer de carácter obligatorio el acceso a la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS) para las familias campesinas, promover proyectos que resolvieran los problemas de vivienda popular, combatir la discriminación racial, defender los derechos del niño y de la juventud, fortalecer las libertades democráticas y promover la paz mundial y la unión y solidaridad entre las mujeres a nivel internacional (“Programa de la Unión de Mujeres”, 1949: 3).

Se debe destacar la innovación de introducir, en el programa de la UMCL, el llamado a luchar por la construcción de redes de unión y de solidaridad entre las mujeres progresistas centroamericanas y a escala continental. Tal política fue compartida por los partidos comunistas a nivel mundial, mediante la fundación de la FDIM, cuyo objetivo era fortalecer y ampliar tales redes solidarias. En este contexto, al igual que los gobiernos revolucionarios guatemaltecos apoyaron la AFG, el PCCR se integró en 1945 a la FDIM y luego lo hizo la Unión de Mujeres del Pueblo (UMP), creada en 1947. Esta inserción propició la participación activa en diversos congresos de la FDIM y en otros congresos internacionales (“Ingresa nuestra organización”, 1951: 1; Rodríguez, 2014: 49-84).

Otra innovación que la UMCL incorporó en sus discursos, en un momento en el que la Guerra Fría empezaba a intensificarse e inspirada en los objetivos de la FDIM, fue que las madres lideraran a nivel mundial la lucha por la paz y en contra del armamentismo nuclear, con el fin de evitar una nueva guerra (Urbina, 2014: 31-47). Sin embargo, tras este discurso maternalista y pacifista, estaba presente el interés por promover los derechos de las mujeres. En este sentido, durante el Congreso Continental Americano por la Paz celebrado en México en 1949, la artista, maestra y militante del PCCR, Emilia Prieto Tugores, asociaba el gasto militar con el creciente conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética y con la transformación hacia una economía de guerra, ya que “...la desenfadada carrera armamentista, acompañada de este preámbulo de la conflagración que es la guerra fría, transforma ya, toda la economía de paz, en economía de guerra. Eso encarece la vida hasta el extremo angustioso en que la tenemos hoy...” (Prieto, 1949: 1). Para promover esta agenda, la UMCL organizó campañas para recolectar firmas a favor de la paz, en contra del armamentismo y para evitar una tercera guerra mundial (“1500 firmas”, 1951: 1; “El Comité Catedral”, 1951: 2; “Así cumplimos”, 1951: 3; “57 mil firmas”, 1951: 1; Solís, 1951: 4), y celebró la Primera Conferencia Nacional de Madres Defensoras de la Paz en 1951 (“Primera Conferencia Nacional”, 1951: 1; “Acuerdos y resoluciones”, 1951: 2).

3.3. La Alianza de Mujeres Costarricenses

El período de vigencia de la UMCL venció en 1952 y fue sustituida por la Alianza de Mujeres Costarricenses (AMC), con un nombre similar al de la AFG, inspirado en las políticas de la FDIM. En el marco de la primera campaña electoral en la que las mujeres iban a poder votar, los comunistas intentaron reinsertarse en la lucha por el voto mediante el PPI (pese a la prohibición vigente), por lo que fue necesario replantear el papel que debía jugar el ala femenina del comunismo costarricense. Como resultado de esta situación, en reemplazo de la UMCL, se constituyó la AMC en 1952 (“Llamamiento para la constitución”, 1952: 1 y 4; “Constituida la Alianza”, 1952: 4). Al igual que la UMCL, la AMC (que todavía se encuentra en la Costa Rica y es liderada por una nueva generación de mujeres) también se hizo presente en la esfera pública con la revista *Nuestra Voz* (1952) y en las páginas del semanario *Adelante* (1952), el cual fue sus-

tituido por *Libertad* en 1962. En estos periódicos se difundía información adicional sobre las actividades de la AMC (Alvarenga, 2005: 49-116).

Así, la creación de la AMC obedeció más a la influencia de los objetivos de la FDIM y a las estrategias de cálculo político del PCCR, con el fin de mantenerse en la competencia electoral, que al propósito de suplir el vacío dejado por la Liga Feminista, como afirma Patricia (2005: 57). Además, cabe resaltar que las funciones de la Liga Feminista fueron sustituidas por la creación del Ala Femenina del PUN en 1952. De manera similar a la convocatoria para fundar la UMCL, en la efectuada inicialmente para constituir lo que luego sería la AMC, se apelaba al discurso maternalista de ciudadanía moral para legitimar y atraer a las mujeres “democráticas” de diferentes orientaciones políticas, ideológicas y religiosas, aunque en su mayoría eran mujeres vinculadas al PCCR y al calderonismo. De esta manera, aunque pudo haber habido algún distanciamiento entre las mujeres comunistas y las calderonistas, la etapa inicial de la Guerra Fría no las dividió, al integrarse en la AMC.

El discurso de las aliancistas enfatizaba que era preciso organizarse por ser la primera vez que ejercerían el derecho al voto, por la responsabilidad que les cabía en definir el futuro del país, para enfrentar la persecución de los figueristas y para luchar en contra del déficit presupuestario del Estado y del alto costo de la vida impuesto por Ulate (“Llamamiento para la constitución”, 1952: 4). Por lo tanto, al igual que la UMCL, la AMC continuó con sus fuertes campañas de cedulaación para que las mujeres pudieran ejercer sus derechos políticos en las elecciones de 1953 y recurrieron, en particular, a las visitas a barrios marginales, a lo largo de todo el país, con el propósito de incentivar la constitución de organizaciones y liderazgos femeninos a nivel comunal y nacional (“La Asamblea no quiere”, 1952: 1 y 4).

Al igual que la AMCL, la AMC tenía entre sus principales objetivos luchar por los derechos de las mujeres, de los niños y de los jóvenes, por mejorar las condiciones de las familias, por la paz mundial y por vincularse con movimientos opuestos a las dictaduras y defensores de la paz, la democracia y los derechos femeninos (“Constituida la Alianza”, 1952: 4). También, la AMC desarrolló diversas iniciativas dirigidas a mejorar las condiciones de las mujeres y de las familias, a promover la igualdad femenina, a defender la paz y el respeto a las libertades democráticas, a promover la ampliación de la cobertura de los servicios públicos y a manifestarse en contra del incremento de sus costos, a favorecer el acceso a la propiedad de la tierra y a viviendas higiénicas, a aumentar el número de miembros de una familia que podían ser atendidos por la CCSS y a respaldar los reclamos por salarios justos, por más oportunidades educativas y por la construcción de casas cuna.

También la AMC continuó apoyando decididamente las campañas en contra de la guerra y el armamentismo, y estrechando los lazos de solidaridad internacional con otras organizaciones femeninas como la FDIM, por lo que hizo un gran esfuerzo para enviar delegadas a las conferencias correspondientes. Precisamente, la maestra y dirigente comunista, Luisa González Gutiérrez, participó en el Tercer Congreso de la FDIM, el cual se celebró en Copenhague entre el 4 y el 10 de junio de 1953. Entre los principales objetivos de dicha actividad estaba un llamado a luchar “...por la defensa de los derechos de la mujer. Por la defensa de los niños y de los hogares. Por un mundo de Paz” (“Luisa González, Delegada”, 1953: 1). González señaló que participaron en ese congreso 1.600 mujeres de todos los países, de diferentes etnias y de distintas condiciones sociales, culturales, religiosas y políticas (“Las mujeres han tomado”, 1953: 2). Con base en estos números resulta evidente que la FDIM se proponía atraer mujeres de diversos sectores con el fin de tener un impacto global. La experiencia de González, a su vez, muestra cómo los procesos de internacionalización asociados con la Guerra Fría permitieron que, por vez primera, las mujeres comunistas empezaran a participar activamente en este tipo de actividades, anteriormente reservadas solo para mujeres como Ángela Acuña.

Chile: las mujeres anticomunistas y anti Allende (1964-1973)

Chile fue el primer país latinoamericano con un Gobierno socialista electo en 1970. Al igual que el Gobierno revolucionario guatemalteco, esta experiencia terminó en un golpe de Estado, en el cual tuvieron un papel determinante las organizaciones de mujeres anticomunistas, la Iglesia católica y el Gobierno de Estados Unidos. Al agudizarse la Guerra Fría, tras el triunfo de la Revolución Cubana (1959), el ascenso de la izquierda en la década de 1960 y el triunfo de Salvador Allende contribuyeron a radicalizar más a las fuerzas conservadoras anticomunistas, lo cual culminó con la ruptura del orden constitucional en 1973, que llevó al poder al régimen dictatorial de Augusto Pinochet (Gaudichaud, 2016: 47-55).

La creciente movilización de la izquierda chilena desde finales de la década de 1950, bajo el liderazgo de Allende, creó las condiciones para su gran empuje electoral desde 1958. Por lo tanto, la élite y los sectores conservadores y anticomunistas chilenos, en alianza con la Iglesia católica y el Gobierno estadounidense, se sintieron fuertemente amenazados. Estos sectores desarrollaron varias estrategias, entre las cuales la principal fue atraer y movilizar a las mujeres para impedir o debilitar el ascenso socialista, debido a que había un apoyo mayoritario del voto femenino para los partidos conservadores en contraste con el voto masculino. Esta situación se observó primero en las elecciones municipales de 1935 y posteriormente en los comicios nacionales de 1952, 1958, 1964 y 1970 (Power, 2002: 78-81).

Así, al igual que las mujeres anticomunistas guatemaltecas en fuerte alianza con la Iglesia Católica, las anticomunistas chilenas tuvieron un papel prominente y decisivo en evitar la llegada al poder de Allende en 1964, lo mismo que en su derrocamiento en 1973. Entre estas organizaciones, destacaron la Acción de Mujeres de Chile (AMCh) (1963) y Poder Femenino (PF) (1972). Dada su importancia, nos concentraremos en analizar estas organizaciones en el período denominado de la “Revolución en libertad” (1964-1973), así como el papel que jugaron las mujeres vinculadas con la izquierda y con la coalición Unidad Popular que llevó a Allende al poder. Para poder comprender este proceso, es necesario tomar en consideración el contexto previo, en el cual se articuló la movilización creciente de las mujeres y la transformación de sus identidades políticas y ciudadanas en el período inicial de la Guerra Fría.

4.1. Mujeres, movilización política y Guerra Fría en América Latina

Antes de analizar las organizaciones y la transformación de las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres chilenas entre 1964 y 1973, es preciso mencionar el hecho ampliamente investigado de que la participación femenina, en la izquierda y en la derecha, tenía una larga trayectoria que precedió a la Guerra Fría. En efecto, las experiencias de movilización de las mujeres de derecha chilenas, argentinas y brasileñas se remontan al siglo XIX. Además, la movilización de las mujeres derechistas latinoamericanas se dio mediante acciones fuera del ámbito político electoral, con lo cual contribuyeron a replantear los roles femeninos prescritos. Así, las mujeres iniciaron su participación en las obras de beneficencia promovidas por el catolicismo social desde fines del siglo XIX y se involucraron con la extrema derecha en la denominada “era de las ligas” durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y hasta mediados de la década de 1920. Este desarrollo fue influenciado por el fascismo europeo, por lo que la movilización se incrementó en el decenio de 1930 (McGee Deutch, 1999, 2001 y 2013).

Las mujeres derechistas de Argentina, Brasil y Chile, aliadas con la Iglesia católica, lucharon en contra de la izquierda, de las mujeres pro izquierda y de las feministas, y de otros grupos a los que consideraban como una amenaza a la autoridad, a la propiedad privada, a la familia, a la localidad y a la nación.

No obstante, las diferencias entre las experiencias de movilización en Argentina, Brasil y Chile entre 1900 y 1940, Sandra McGee (2001: 224) argumenta que compartían como principal meta que el papel de las mujeres fuera salvaguardar las nociones derechistas de la familia, el país y la religión. En este sentido, estos grupos de mujeres derechistas apelaron a los discursos maternalistas de feminidad que las intelectuales izquierdistas y feministas habían desarrollado, pero no se aliaron con estas últimas. Estas mujeres de derecha conceptualizaron a las mujeres como madres protectoras, pero con una agenda diferente, ya que trataban de reclutar a las mujeres para inculcarles nociones conservadoras y anti izquierdistas de feminidad, patriotismo y moralidad, que mantenían las jerarquías de clase (McGee, 2001: 224).

A su vez, el Primer Congreso Interamericano de Mujeres (Guatemala, 1947), junto con el Primer Congreso Latinoamericano de Mujeres (PCLM) (Chile, 1959), contribuyeron a la creación de vínculos internacionales entre las organizaciones pro izquierdistas de mujeres latinoamericanas, incentivadas por la Guerra Fría. El PCLM se realizó en el contexto del triunfo de la Revolución Cubana. Aunque originalmente se iba a efectuar en Argentina, tal opción fracasó, pero finalmente la Unión de Mujeres Chilenas y una izquierda más fuerte lograron que la actividad se celebrara en Santiago de Chile entre el 19 y 22 de noviembre de 1959. Esta actividad tuvo la participación de más de 170 mujeres, siendo la más grande e influyente la delegación de las mujeres cubanas —encabezada por Vilma Espín, esposa de Raúl Castro—, por lo que las instancias gubernamentales y las organizaciones católicas, bajo la influencia del Gobierno estadounidense, trataron de sabotearlo, saliéndose del congreso y calificándolo como un evento del comunismo internacional liderado por la FDIM (Valobra, 2014: 3-7).

4.2. Movilización política y sufragio femenino en Chile

En relación con la transformación de las identidades políticas femeninas durante la primera mitad del siglo XX, las mujeres costarricenses y chilenas compartieron la tendencia común de que empezaron a organizarse y a luchar desde la década de 1920 para obtener el sufragio universal, el cual fue aprobado en ambos países en 1949, coincidiendo con una de las principales conquistas de las mujeres a inicios de la Guerra Fría. Sin embargo, en Chile se había aprobado el sufragio femenino restringido para las mujeres letradas (las cuales también podían ser electas en cargos municipales) en 1934, votando por primera vez en las elecciones municipales de 1935. Margaret Power (2002: 50-51, 56) argumenta que la aprobación del sufragio femenino municipal se explica porque las mujeres se identificaban más con los partidos conservadores y contribuirían a extender su base electoral, por lo que no respondió al objetivo de fortalecer los derechos políticos de las mujeres. En el caso de Costa Rica, fue hasta la década de 1940 cuando empezó a conformarse un sector femenino derechista y anticomunista.

Desde la década de 1930, los partidos políticos de la derecha chilena, en particular el Partido Conservador, conscientes de la creciente importancia política de las mujeres, incentivaron la creación de secciones y organizaciones femeninas. Para atraer el apoyo y el voto femenino, el Partido Conservador se presentaba como defensor de las madres y las familias chilenas, apelando al rol maternal, ya que la mayoría de las mujeres no trabajaban y se desenvolvían como madres y esposas. Entre estas organizaciones derechistas destacó la Acción Nacional de Mujeres (ANM), fundada en 1933, liderada por mujeres de la élite y en fuerte alianza con el Partido Conservador y la Iglesia Católica. La ANM desarrolló una exitosa estrategia para atraer el sufragio y movilizar a las mujeres de diversos sectores sociales, mediante un discurso que apelaba a la noción tradicional de madres y esposas, y a la necesidad de mejorar la condición de las mujeres y sus familias, por medio del acceso a la educación, a la salud y a mejores condiciones de higiene, cuya falta afectaba en mayor medida a las mujeres de la clase trabajadora (Lavrin, 2006: 580-583; Power, 2002: 52-54, 56).

Por otra parte, merece especial mención el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer de Chile (MEMCh), creado en 1935, en el marco de la política de frentes populares del Partido Comunista de Chile. El MEMCh luchó por los derechos femeninos, incluido el derecho al sufragio, y tenía el apoyo creciente de mujeres que, en su mayoría, simpatizaban más con dicho partido. Sin embargo, el MEMCh se disolvió a fines de la década de 1940 por conflictos internos, por el creciente anticomunismo, por

las divisiones de clase y por la falta de objetivos comunes de lucha, dejando así un espacio para que las organizaciones de derecha se fortalecieran (Lavrin, 2006: 584-585).

Aunque después de que se aprobó el voto universal femenino la mayoría de las organizaciones femininas de tipo sufragista se disolvieron, desde 1946 se había creado el Partido Femenino Chileno (PFCh), que logró la membresía de más de 27.000 mujeres, bajo el liderazgo de María de la Cruz, primera mujer electa como senadora en 1952, pero que luego fue removida de su cargo. Por último, la organización que logró captar el mayor apoyo femenino entre la década de 1940 y mediados del decenio de 1960 fue la Asociación de Dueñas de Casa, la cual desarrolló un discurso que apelaba a las mujeres como madres y esposas, logrando la participación activa de las mujeres de los sectores populares en diversas movilizaciones en contra del alto costo de la vida y para demandar la construcción de viviendas y el establecimiento de servicios comunales (Power, 2002: 54-61, 69).

4.3. La Acción de Mujeres de Chile y las Campañas del Miedo (1964 y 1970)

Creada en 1963, la Acción de Mujeres de Chile (AMCh), a diferencia de las locatarias anticomunistas guatemaltecas, estuvo conformada por un grupo de mujeres de clase alta, conservadoras, anticomunistas y decididas a evitar que Allende llegara al poder, por lo que tuvieron un papel determinante en las elecciones y campañas anti-Allende de las décadas de 1960 y 1970. Entre sus principales líderes estuvo Elena Larraín, quien también participó activamente en la creación de la otra organización de mujeres anticomunistas y anti Allende, Poder Femenino (PF) (1972), que se considerará más adelante. Larraín argumentaba que las mujeres eran moralmente superiores a los hombres y contribuyó a subvertir el estereotipo de que eran seres pasivos y dominados. Además, sostenía que las mujeres jugaban un papel clave como actrices políticas, ya que a diferencia de los hombres carecían de “ambiciones políticas”, por lo que eran activistas políticas más eficientes para unir y lograr las metas (Power, 2002: 78).

La creciente polarización generada por el ascenso de la izquierda se intensificó en el marco de las elecciones de 1964, cuando Allende fue derrotado por el candidato del Partido Demócrata Cristiano, Eduardo Frei. La estrategia del gobierno estadounidense fue invertir sumas millonarias para financiar programas de asistencia social, especialmente de alimentación, para contrarrestar la desnutrición y la pobreza, y respaldar financieramente a los partidos anticomunistas y a las campañas anti Allende. Entre estas últimas destacan las denominadas “campañas del miedo”, desarrolladas entre junio y septiembre de 1964, y de nuevo en la campaña electoral de 1970. Dichas campañas jugaron un papel determinante en atraer a las mujeres a la causa anticomunista y anti Allende, en darle el triunfo electoral a Frei en 1964 y en tratar de evitar la victoria de Allende en 1970.

Estas campañas se basaron en la experiencia previa brasileña, donde las mujeres de derecha fueron movilizadas para derrocar al presidente João Batista en 1961 (Toro, 2015: 828-831). El Gobierno estadounidense estuvo muy involucrado en el desarrollo de estas campañas multimillonarias, masivas e intensivas, aportando personal calificado para capacitar a los funcionarios chilenos, con la fuerte influencia de la CIA, que posiblemente utilizó como vía a la AMCh para proveer fondos a la campaña electoral y a la candidatura de Frei. Las campañas se difundieron ampliamente en diversos medios, como la radio —que permitió una gran cobertura— y la prensa escrita, y recurrieron también a la pintura de murales, a la distribución de panfletos, afiches y volantes, y a la frecuente convocatoria de mitines, con el fin de atraer el apoyo de las mujeres de los sectores populares, que era decisivo para el triunfo de los candidatos conservadores (Power, 2002: 75-78, 86-87).

La base de esas campañas era un discurso desarrollado por el Gobierno estadounidense, el cual tenía una clara y sofisticada comprensión de la importancia de las diferencias de género desde la década de 1960. Dicho discurso se empleó exitosamente en Brasil para atacar a la izquierda y atraer el apoyo femenino a la causa anticomunista. Este discurso apelaba a la noción tradicional de la familia heterosexual, donde el hombre era el proveedor y protector, propio del modelo de familia defendido por anticomunistas y comunistas durante la Guerra Fría. Ahora bien, central en este discurso era emplazar a las mujeres para

que, como madres y esposas, salvaran a sus familias y a la nación de la destrucción que supondría un gobierno comunista.

Además, la campaña de 1964 promovió un ambiente de histeria –mediante el conteo de los días que faltaban para las elecciones–, ya que llamaba a los chilenos a defender su nación y sus tradiciones del comunismo votando en contra de Allende, y a favor de Frei, a quien se presentaba como el héroe que lucharía para preservar las tradiciones democráticas chilenas. Se utilizaba el argumento de que la victoria de Allende significaría la destrucción de la forma de vida de sus familias ya que podría dejar sin trabajo a sus maridos. Además, se afirmaba que Chile no debía ser otra Cuba, ya que si triunfaba Allende, los niños serían enviados a suelo cubano para ser adoctrinados en el comunismo, alejándolos de su familia, de sus madres y de la nación, y destruyendo sus sentimientos de patriotismo. También, los sacerdotes de la Iglesia católica contribuyeron a difundir ampliamente estos discursos anticomunistas en sus púlpitos durante la misa, a la que asistían mayoritariamente las mujeres y los niños, temerosos de Allende y el comunismo (Power, 2002: 13, 79-86, 93-94).

El éxito de esta campaña del miedo se vio reflejado en el apoyo femenino mayoritario que le dio la presidencia a Eduardo Frei en 1964, ganando las elecciones con un 56 por ciento de los votos. El mandato de Frei recibió un apoyo sin precedentes del Gobierno estadounidense en cooperación financiera para programas de alimentación a los pobres y el inicio de la reforma agraria –que originalmente fue propuesta por Allende–, con el fin de evitar que los sectores populares abrazaran la causa comunista. También, dado que el apoyo femenino fue muy importante en su triunfo, Frei lanzó una campaña para incrementar la organización de las mujeres mediante la fundación de los Centros de Madres y conformar un frente femenino multclasista con una fuerte cobertura urbana y rural. Los Centros eran liderados por mujeres de clase alta o media alta, preocupadas por mantener sus privilegios y alto nivel de vida; pese a esto, lograron ampliar su movimiento mediante la movilización de las mujeres de clase media baja y de la clase trabajadora, apelando a un discurso que explotaba la escasez de los productos. No obstante, y al igual que las locatarias guatemaltecas, estas mujeres no eran meramente títeres de las fuerzas conservadoras, ya que defendían el bienestar de sus familias (Power, 2002: 10; 2006: 645).

Por lo tanto, las mujeres anti Allende compartían una visión de género, en la cual creían que los hombres y las mujeres era naturalmente diferentes y que así debía mantenerse, por lo que no lucharon por cambiar, sino por mantener su posición subordinada en la sociedad. De acuerdo con esta visión, las mujeres, en su papel de madres que cuidaban de sus familias, sentían que no podían cumplir sus responsabilidades maternas por no poder conseguir los alimentos para sus hogares. Por tanto, estas mujeres se movilizaron más por sentirse incapaces de ser buenas madres, que para defender sus derechos como ciudadanas, por su propia liberación o por la justicia social (Power, 2002: 11).

El legado de la campaña de 1964 fue darle contenido de género al anticomunismo, por lo que la experiencia fue replicada en la campaña electoral del candidato conservador Alessandri contra Allende en 1970. Sin embargo, el contexto era diferente, porque desde las elecciones parlamentarias de 1965 y 1969, la izquierda se había fortalecido amenazando la supremacía derechista. Así, las mujeres asociadas a la AMCh, junto con Chile Joven, nuevamente colaboraron con la agencia encargada de la campaña de Alessandri, fuertemente financiada por Estados Unidos, que aportó entre ochocientos mil y un millón de dólares (Power, 2002: 95, 98, 127, 131-132).

La campaña electoral de 1970, también demostró el papel clave de la movilización de las mujeres, de las cuales dependía el destino de Chile, y reveló un sofisticado manejo del papel del género. En esta campaña se representaba a Alessandri como el patriarca de la familia chilena, que restauraría el orden tradicional; por ello, apelaba a que las mujeres como madres votaran por la seguridad de sus hijos. Además, la campaña ofrecía mejorar las condiciones de las mujeres mediante la aprobación de leyes sobre el abandono familiar, que proveyeran una pensión a los niños, igualdad en el pago salarial, seguro para las amas de casa e igualdad de derechos, en relación con sus esposos, para las mujeres casadas. Paralelamente, la campaña también se orientó a crear miedo y terror demonizando a Allende, mediante la amplia difusión sistemática de mensajes en la prensa y en la radio, y de una encuesta a los sectores pobres, en donde Allende era presentado como el candidato comunista que podía destruir a sus familias y al que se asociaba con la amenaza de la escasez y el racionamiento, con la represión y con la pérdida de sus liber-

tades, propiedades y pertenencias. No obstante esta fuerte campaña derechista y anticomunista, Allende llegó al poder mediante la coalición Unidad Popular y con un fuerte apoyo femenino y de los sectores populares, lo cual produjo confusión en las tiendas opositoras de la derecha, que se vieron obligadas a replantear la organización de las mujeres anti-Allende (Power, 2002: 127-131, 139; Pieper, 2009: 105-106).

4.4. La Marcha de las Ollas y las Cacerolas Vacías y Poder Femenino

Con el arribo de Allende al poder, los partidos Nacional, Demócrata Cristiano y otros independientes se reorganizaron y, mediante la AMCh y los Centros de Madres creados por Frei, se replantearon las estrategias para lograr ampliar el apoyo de las mujeres de los sectores populares en contra del gobierno de la Unidad Popular (Pieper, 2009: 74-79). La primera acción de las mujeres anticomunistas fue evitar, mediante constantes manifestaciones en las calles de Santiago, que el Congreso de Chile ratificara la elección de Allende, ya que había recibido menos del 50 por ciento de los votos. Sin embargo, Allende fue confirmado en su cargo el 24 de octubre de 1970. Posteriormente, la movilización de las mujeres anti Allende mermó en 1971, debido a las divisiones entre los partidos de la derecha (Power, 2002: 141-144).

Si bien el contexto socioeconómico y político fue muy adverso para el Gobierno de la Unidad Popular, la administración de Allende logró implementar su agenda política, por lo que pudo continuar con la reforma agraria, aumentar los salarios, bajar el desempleo y nacionalizar la industria del cobre. Estas políticas incrementaron la resistencia de diversos sectores opositores, por lo que a fines de 1971 la crisis económica y la polarización política se profundizaron. En este contexto, se produjo una fuerte escasez de productos de consumo básico y hubo un aumento del costo de la vida, afectando en mayor medida a los sectores populares. Fue entonces cuando las movilizaciones de las mujeres anti Allende se incrementaron, intensificándose poco después de la visita de tres semanas de Fidel Castro, con lo cual aumentó la tensión entre el gobierno de la Unidad Popular y la derecha, que consideraba esta visita como una intromisión comunista extranjera y el inicio del despegue comunista en Chile.

En este marco, la oposición y las mujeres anti-Allende convocaron a la “Marcha de las Ollas y las Cacerolas Vacías”, en las calles de Santiago, el primero de diciembre de 1971, pidiendo que las mujeres llevaran esos implementos de cocina en protesta contra la visita de Castro, y porque el gobierno de la Unidad Popular era el responsable de la violencia y el sectarismo, de la crisis económica, de la escasez de alimentos y del alto costo de la vida. Así, contrario a lo que se creía, esta marcha tuvo un impacto e importancia significativos, ya que logró la movilización sin precedentes de miles de mujeres de diversos sectores sociales, incluidas las mujeres de los sectores populares (Toro, 2015: 831-833).

El discurso de la marcha, que apelaba a la definición de las mujeres como madres, probó su efectividad y flexibilidad, ya que se acomodaba a las circunstancias y permitía trascender las diferencias de clase, regionales y étnicas. Además, propiciaba la movilización de las mujeres que sentían amenazado su papel como madres, al no poder asegurar el bienestar y la seguridad de sus familias y de la nación. Igualmente este discurso apelaba al liderazgo histórico que las mujeres habían tenido en la defensa y salvación de la nación, ya que supuestamente carecían de alianzas extranjeras o políticas. Aunque tenían claro apoyo de la oposición derechista, las mujeres lograron presentarse como apolíticas, debido a su elevado carácter moral, que las llevaba a actuar solo en función de salvar a sus maridos, proteger a sus hijos y preservar sus roles en las familias (Power, 2002: 6, 147-148, 151-153; 2006: 645).

Para el Gobierno de Unidad Popular, esta marcha fue liderada por las mujeres “viejas” de la élite que no eran ni heroínas ni víctimas, cuyas demandas eran propias de las mujeres burguesas temerosas de perder su poder y riqueza. También para la administración de Allende la marcha reflejaba el gran involucramiento de los partidos de oposición, alentando a la violencia fascista en contra del Gobierno. Ahora bien, como la marcha era liderada por la elite, se tendió a subestimar el apoyo de la clase trabajadora y de las mujeres de los sectores populares. Además, Allende partía de que la clase trabajadora y los campesinos eran el baluarte del país y los principales beneficiarios de su Gobierno, por lo que consideró que la marcha expresaba solo la oposición de la derecha a las reformas gobiernistas que propugnaban la

reforma agraria, los salarios más altos para los trabajadores, la redistribución de la riqueza y la mejora en los servicios de salud para los pobres (Power, 2002: 157-158).

Debido al éxito de la marcha, las mujeres derechistas fueron aclamadas como “heroínas de la patria”, y la oposición a partir de entonces continuó impulsándolas para que intensificaran sus luchas en contra del Gobierno, llamándolas a unirse por encima de las divisiones de clase, a salvar a Chile y a sus familias del comunismo y a deponer a Allende (Power, 2002: 169). Fue así como, a inicios de 1972, estas mujeres derechistas formaron la organización de Poder Femenino (PF), encabezada también por Elena Larraín, la cual logró liderar la oposición femenina al Gobierno hasta el golpe de septiembre de 1973. Aunque PF se consideraba una organización apolítica, contaba con un importante apoyo y recursos de los partidos políticos opositores y de diversos sectores gremiales. PF tenía el objetivo de salvar a Chile del comunismo, para lo cual era fundamental unificar a la oposición y articular y constituir un frente femenino unido y multclasista, mediante la participación masiva de mujeres de todas las clases sociales, y en particular, de las mujeres de los sectores populares (Toro, 2015: 833-834).

Entre los factores que explican la conformación y éxito de este amplio movimiento femenino anti Allendista, se encuentran los siguientes: haber utilizado un discurso que apelaba más al género que a la clase (a diferencia de la Unidad Popular) y que enfatizaba el papel de las mujeres como madres, lo cual permitió reforzar la auto noción unificadora de que las mujeres anti Allende eran las representantes de todas las mujeres chilenas y salvadoras de la familia y la nación. Además, en el marco de la escasez alimentaria generalizada, este discurso de género facilitó la creciente participación de las mujeres pobres, quienes ante la inacción masculina fueron a las calles a defender a sus familias e hijos. También, estas mujeres consideraban que el Gobierno debilitaba su misión de madres protectoras y salvadoras de sus familias del comunismo, amenazando el bienestar y la seguridad del país (Power, 2002: 169, 176-178, 180; 2006: 645).

Asimismo, otro factor que incidió fue que el Gobierno tuvo que enfrentar una crisis económica desde fines de 1971, la cual se agravó con una escasez generalizada entre 1972 y 1973. La respuesta gubernamental fue enfrentar tal situación aumentando los salarios, congelando los precios, reduciendo el desempleo y aumentando la producción, aunque no lo logró en los niveles necesarios. El descontento resultante lo supo aprovechar la derecha, que procuró dejar la impresión de que había crisis y caos, y contribuyó en parte a agravar la crisis al propiciar la especulación, el acaparamiento, el desabastecimiento y el sabotaje de la producción industrial y agrícola. Dicha crisis empeoró aún más con el bloqueo crediticio, la guerra económica y el cese de los subsidios que Estados Unidos antes concedía a Frei.

En tales circunstancias, los asuntos domésticos se convirtieron en asuntos políticos, ya que las mujeres se veían obligadas a realizar durante todo el día largas filas para obtener alimentos, lo cual aumentó su ira en contra del Gobierno. Esto contribuyó a incrementar la incorporación a las filas de la oposición de proporciones significativas de mujeres de los sectores populares. Así, la sistemática, eficiente y exitosa acción de liderazgo, formación y organización de actividades de PF, tendientes a unificar la oposición, se fortaleció con la integración de las representantes del movimiento gremialista y la colaboración de las mujeres vinculadas con los partidos políticos opositores. A esto hay que agregar, que los hombres de dichos partidos consideraban que la participación de las mujeres era decisiva para derrocar al Gobierno (Power, 2002: 169-173, 186-189).

También se debe considerar el control que mantenía el Partido Demócrata Cristiano de la mayoría de los Centros de Madres, de los cuales dependían en gran medida las mujeres pobres (Pieper, 2009: 74-79). Por esta razón, esos centros se convirtieron en importantes instrumentos para canalizar y crear las condiciones para la creciente movilización de estas mujeres en el movimiento anti Allendista, ampliando así su base social más allá de la clase media y alta. También, PF supo representar la marcha de las “ollas vacías” como el símbolo del fracaso del Gobierno, y utilizarla como una poderosa táctica para articular una campaña sistemática de hostigamiento a la Unidad Popular, mediante el golpeteo de las cacerolas en las casas durante todas las noches, práctica en la cual se involucraron primero las mujeres de clase media y alta, y luego fue asumida por las mujeres pobres.

Aprovechando este clima tan polarizado y caótico, PF continuó presionando para propiciar la desti-

tución de Allende, sin embargo, la oposición no pudo obtener un apoyo legislativo suficiente para forzar la salida de Allende en las elecciones parlamentarias de 1973. Por lo tanto, con el apoyo de los militares, PF hizo un llamado para que las mujeres participaran masivamente demandando un golpe de Estado en contra de Allende. Fue así como las mujeres opositoras nuevamente jugaron un papel clave apoyando el golpe y alentando a los militares a intervenir y tomar el poder (Power, 2002: 171, 189).

No obstante, para que las condiciones del golpe se dieran, se deben revisar cuáles fueron los factores que contribuyeron a que el Gobierno se fuera debilitando, y a que las mujeres de la Unidad Popular no pudieran contrarrestar este proceso. Para comprender por qué no pudieron hacerlo, debe tenerse presente que el Gobierno no dominaba el poder político desde una posición superior, ya que la oposición controlaba los medios de comunicación, las industrias, las instituciones financieras y el comercio chileno. Igualmente, el Gobierno fracasó en darle un mayor apoyo a la organización de las mujeres como sí lo hizo la derecha, debido a que le dio prioridad a las luchas por mejorar las condiciones de los trabajadores y los campesinos, a quienes estaba dirigido su programa político, ya que consideraba que tales grupos podían darle un apoyo más sólido. Además, el Gobierno se basaba en la falsa premisa de que sus programas crearían automáticamente condiciones más justas, democráticas y equitativas para la sociedad, y que podrían crear mejores condiciones para trabajadores y campesinos. Por lo tanto, a diferencia del programa de Alessandri, el programa de Allende no tenía una sección específica para las mujeres, por lo que carecía de iniciativas específicas para atender los problemas que tenían las mujeres pobres y trabajadoras, porque las luchas de las mujeres eran vistas como parte de las luchas generales para mejorar la sociedad (Tinsman, 2002: 209-221, 229-236).

A todo lo anterior hay que añadir que, gracias al control del Congreso, la oposición tuvo éxito en bloquear los programas y las legislaciones de la Unidad Popular que pudieran ayudar a las mujeres, además de que solo fue tardíamente que el Gobierno creó la Oficina de la Secretaría Nacional de las Mujeres (1972), por lo que los beneficios solo llegaron a un pequeño grupo de mujeres trabajadoras que tenían que enfrentar la abrumadora y caótica situación de la escasez y carestía de los alimentos. De no menor importancia fue que la estrategia de Allende para movilizar a las mujeres descansaba también en el discurso maternalista, que las consideraba como madres que podían contribuir a mejorar las condiciones de las familias y de la nación. Aunque el Gobierno desarrolló campañas que prometían proteger a las madres, promover la educación femenina, defender los derechos de las mujeres trabajadoras y crear comités electorales en los sindicatos y en las comunidades con representación femenina, estas iniciativas fueron insuficientes y erráticas porque estuvieron dispersas a lo largo de múltiples frentes (Tinsman, 2002: 218, 212, 214, 216).

Tampoco existió en ese momento un movimiento feminista organizado, que contribuyera a cuestionar esas políticas de género y ofreciera una visión alternativa a las mujeres de sus roles en la sociedad. Por último, se debe tomar en consideración que, al estar en desventaja con respecto a las mujeres derechistas, las mujeres organizadas en torno a la Unidad Popular no lograron problematizar el discurso conservador sobre las mujeres, ni comprender que las más afectadas por esta crisis eran las mujeres de los sectores populares. Un ejemplo que revela esta dinámica, fue la creación en 1972 del programa de las Juntas de Abastecimiento y de Control de Precios (JACP), que se ubicaron en todos los barrios de Chile –cerca de 2.500 en 1973–, las cuales eran lideradas por mujeres afines a la Unidad Popular y cuyo principal objetivo era velar que todos los barrios estuvieran abastecidos de los productos básicos. La mayoría de las mujeres pobres que solicitaban ayuda a las JACP provenían, a su vez, de los Centros de Madres, que estaban controlados por las mujeres anti Allende, las cuales desarrollaron una campaña que presentaba a las JACP como un intento gubernamental para espiar y controlar a los ciudadanos y a las familias en sus barrios, logrando así incrementar el clima de insatisfacción, caos y miedo en contra del Gobierno, al que consideraban el responsable de la escasez y la especulación (Power, 2002: 6-9, 187-188).

En síntesis, de acuerdo con Margaret Power (2015: 97), se puede afirmar que las mujeres anti Allende y anticomunistas se transformaron de madres y reproductoras biológicas en activistas políticas y reproductoras ideológicas del anticomunismo, que contribuyeron al establecimiento y consolidación de un régimen dictatorial. Esto fue así porque estas mujeres fueron actoras cruciales, cuyas actividades contribuyeron a debilitar al Gobierno y a propiciar que las fuerzas armadas derrocaran a Allende, con un fuerte

apoyo de los partidos opositores (el Partido Nacional y el Partido Demócrata Cristiano), y del Gobierno de Estados Unidos. Además, las mujeres anti Allende lograron constituir un exitoso movimiento multi-clasista gracias a su esfuerzo y determinación, ya que estaban conformadas por mujeres de las clases alta y media y de los sectores populares, que compartían ideas similares sobre género y política. Por último, es claro que el Gobierno, al darle prioridad a la organización de los trabajadores y no a la de las mujeres trabajadoras, dejó libres espacios para que los partidos de oposición tuvieran mayores posibilidades de obtener y consolidar el apoyo de estas mujeres.

kíticos de las mujeres, la promoción del sufragio femenino y la elección de las mujeres en puestos de elección popular. A la vez, la conversión de las mujeres en ciudadanas votantes y con derecho a ser electas, se convirtió en un componente decisivo para las luchas por el poder de las fuerzas pro comunistas o anticomunistas. La aprobación del sufragio femenino coincidió con la etapa inicial de la Guerra Fría: en Guatemala (voto restringido a las mujeres alfabetas en 1945), Costa Rica (voto universal en 1949) y Chile (voto municipal en 1934 y universal en 1949). Aunque las convenciones internacionales sobre los derechos de las mujeres y organizaciones como la FDIM tuvieron una influencia importante, lo decisivo fue la competencia electoral en cada país.

Así, en Guatemala, para el recién inaugurado Gobierno de Arévalo, era fundamental ampliar el apoyo electoral, mediante la incorporación de las mujeres que habían participado activamente en el proceso revolucionario, ya que con su voto podían facilitar la consolidación en el poder de dicho Gobierno. En Costa Rica, desde 1923 se creó la Liga Feminista que luchó por el sufragio, pero fue hasta después de la guerra civil de 1948 que se abrió un espacio para recomponer el electorado, por lo que el voto femenino se convirtió en la principal opción para ampliar la base electoral, en un momento en el que el sistema de partidos políticos experimentaba una profunda transformación.

En Chile, desde la década de 1920 las mujeres se organizaron también para luchar por el sufragio. En el marco de la larga tradición de permanencia de la derecha en el poder, se aprobó la reforma del voto femenino municipal en 1934, con el fin de afianzar su poder a nivel local. Luego, con la aprobación del voto femenino universal en 1949, la derecha procuró consolidar aún más su poder a nivel nacional. Aunque el sufragio abrió espacios para las mujeres en todos los países, no implicó un fortalecimiento de la representación femenina en los puestos de elección popular, ya que el predominio masculino se mantuvo.

El segundo factor fue la intervención del comunismo internacional, mediante su denominada política de frentes durante el período 1935-1955, donde fue clave la movilización de las mujeres. En el contexto de la Guerra Fría, los comunistas crearon la FDIM para promover la conformación de redes de solidaridad internacional, y la organización, a nivel nacional, de las mujeres pro izquierdistas comunistas y antifascistas, con el propósito de que contribuyeran a que las fuerzas políticas izquierdistas llegaran al poder. En Guatemala fue importante la influencia de la FDIM en la agenda de la lucha por los derechos femeninos de la AFG, y fue evidente en las diversas actividades realizadas para promover la organización de las mujeres, especialmente en el Primer Congreso Interamericano de Mujeres (1947), al cual asistieron mujeres de diversos países latinoamericanos que empezaron a articular lazos de solidaridad internacional. En Costa Rica, la UMP y la UMCL, que luego se transformó en la AMC, todas organizaciones de mujeres simpatizantes del PCCR, reflejaron claramente la influencia de la FDIM en la agenda de lucha por los derechos de las mujeres, por la paz, y en contra del fascismo y del armamentismo nuclear. En Chile la influencia de la política de frentes de la Internacional Comunista, se evidenció en la creación y la agenda de lucha por la emancipación y los derechos de las mujeres de la MEMCH –creada en 1935 y afín a la izquierda chilena–, y en la importante influencia que tuvo la FDIM en la agenda del PCLM, que se organizó en Santiago en 1959, poco después del triunfo de la Revolución cubana.

Un tercer factor que influyó en la transformación de las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres durante la Guerra Fría, fue la creciente intervención de la Iglesia católica y de los partidos políticos derechistas, los cuales, a diferencia de Costa Rica, tuvieron un rol fundamental en incentivar la movilización de las mujeres anticomunistas. Estas mujeres llegaron a ser reconocidas como “heroínas”, ya que las tuvieron un papel relevante en el derrocamiento del gobierno revolucionario de Árbenz, en el caso de las locatarias guatemaltecas, y en la caída de Allende y en la llegada al poder de Pinochet, en lo que respecta a las anticomunistas chilenas. Aunque las acciones encubiertas de la CIA y del Gobierno de Estados Unidos tuvieron un papel determinante en los derrocamientos de Árbenz y de Allende, las mujeres anticomunistas también contribuyeron a esos procesos.

Debe destacarse también la acción determinante que tuvo el lanzamiento de campañas agresivas

para promover la movilización política de las mujeres derechistas y anticomunistas chilenas, convocadas por un discurso de género —que demostró ser primero exitoso en Brasil con la caída de João Goulart en 1964— que apelaba a la mujer madre para su movilización y para salvaguardar las nociones derechistas de familia, país y religión (McGee, 2001: 224). Sin embargo, estas mujeres tuvieron su propia agenda, no fueron simples instrumentos de los partidos de derecha o de Estados Unidos. Esto se debió a la construcción de un discurso que incorporó las luchas de las madres —en particular de las mujeres chilenas de los sectores populares y de las indígenas locatarias guatemaltecas—, que tuvieron que enfrentar duras condiciones de escasez y encarecimiento de los productos de consumo básico. Por ello, al sentirse amenazadas de no poder cumplir el mandato de madres protectoras de sus familias y de la patria, salieron a las calles a hacer valer sus demandas y a proteger a la familia y a la patria amenazadas por el comunismo, y no para defender sus derechos como ciudadanas, por su propia liberación o por la justicia social (Power, 2002: 11).

En fin, las mujeres anticomunistas guatemaltecas, costarricenses y chilenas, como otras mujeres latinoamericanas, compartieron un discurso movilizador de género que enfatizaba en el papel de las madres en la defensa de la familia y de la patria frente al comunismo. Sin embargo, en el caso de la movilización de las mujeres anticomunistas costarricenses no se advierte una influencia protagónica de la Iglesia católica, ya que este control fue asumido por el Partido Unión Nacional, mediante la creación del AFPUN, liderada por las antiguas feministas, que jugó un importante papel en articular el discurso anticomunista en la campaña electoral de 1952-1953.

En síntesis, se puede afirmar que la Guerra Fría contribuyó a darle contenido de género al anti-comunismo, a transformar las mujeres de madres y reproductoras biológicas en activistas políticas y reproductoras ideológicas del anticomunismo, a profundizar las confrontaciones entre las mujeres pro comunistas y anticomunistas, y a impulsar la aprobación del sufragio femenino. Con esto último, se crearon y ampliaron nuevas posibilidades de inserción de las mujeres en la política electoral, convirtiéndose así en actrices decisivas en el marco de las campañas electorales. Además, la Guerra Fría contribuyó a replantear y expandir los vínculos internacionales de las mujeres latinoamericanas a nivel mundial. Así, organizaciones como la FIDM tuvieron una gran influencia en incentivar la internacionalización de los vínculos y de los objetivos de lucha de las organizaciones de las mujeres pro izquierda, centradas en los derechos de las mujeres, el bienestar de la niñez, la familia, el antifascismo, el anti armamentismo y la paz mundial.

- “A las mujeres del Partido Unión Nacional” (1952). *La Nación*, 23 de abril, 8.
- “A mediados de marzo llegará al país la distinguida dama doña Ángela Acuña de Chacón.” (1952). *Mundo Femenino*, 3 de marzo, 1, 4.
- “Acuerdos y resoluciones de la Conferencia Nacional de Madres.” (1951). *Nosotras*, 22 de mayo, 2.
- Acuña de Chacón, Ángela. (1954). “Nuestros derechos’ nos interesan a las feministas,” *La Nación*, 10 de agosto, 6.
- Alvarenga, Patricia. (2005). “Las mujeres del Partido Vanguardia Popular en la constitución de la ciudadanía femenina.” En Alvarenga, Patricia, *De vecinos a ciudadanos* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica), pp. 49-116.
- Ameringer, Charles D. (1978). *Don Pepe. A Political Biography of José Figueres Ferrer of Costa Rica* (Albuquerque, University of New Mexico Press).
- “Anúnciase organización del primer Partido Femenino en Costa Rica.” (1952). *La Hora*, 8 de abril, 1-2, 8.
- “Así cumplimos las tareas en defensa de la paz.” (1951). *Nosotras*, 15 de agosto, 3.
- Asociación La Cuerda, (ed.). (2011). *Nosotras, la de la historia. Mujeres en Guatemala (siglos XIX-XXI)* (Guatemala, Ediciones La Cuerda, SEPREM).
- Barrientos Valverde, Jorge. (2015). “El anti comunismo electoral en Costa Rica durante la Guerra Fría 1948-1990.” *Revista Estudios*. San José, No. 30, 1-46.
- “57 mil firmas.” (1951). *Nosotras*, octubre, 1.
- “Constituida la Alianza de Mujeres Costarricenses.” (1952). *Adelante*, 21 de septiembre, 4.
- Díaz, David. (2015). *Crisis social y memorias e lucha: guerra civil en Costa Rica, 1940-1948* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica).
- Donert, Celia. (2013). “Women’s Rights in Cold War Europe: Disentangling Feminist Histories.” *Past and Present, Supplement 8*, pp. 178-202.
- “Editorial. Nuestro saludo a la Patria.” (1949). *Nosotras*, 15 de noviembre, 1, 4.
- “El Ala Femenina de la ‘Unión Nacional’ declara.” (1952). Archivo Ángela Acuña, t. 4, Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Nacional, Heredia, 267.
- “El Comité de Catedral campeón en la segunda jornada de firmas por la paz.” (1951). *Nosotras*, 15 de agosto, 2.
- “El Partido Unión Nacional es el partido del antifiguerismo. Ese antifiguerismo repudia a los hombres de ideas comunistas.” (1952). *La Nación*, 25 de mayo, 4.
- Figueres Ferrer, José. (2000). “La pacífica Costa Rica, el primer campo de batalla contra el comunismo.” *Escritos de José Figueres Ferrer: política, economía y relaciones internacionales*. (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia), PP. 415-424.
- Gamboa Brenes, Manuel. (2013). “El anticomunismo en Costa Rica y su uso como herramienta política antes y después de la guerra civil de 1948.” *Anuario de Estudios Centroamericanos*. San José, No. 39, 143-165.

- Gaudichaud, Franck. (2016). *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende* (Santiago: LOM Ediciones).
- Glejeses, Piero. (1991). *Shattered Hope. The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton University Press).
- Harms, Patricia. (2011). "God Doesn't Like the Revolution": The Archbishop, the Market Women, and the Economy of Gender in Guatemala, 1944-1954". *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Vol. 32: 2, pp. 111-139.
- "Himno del Ala Femenina". (1952). Archivo Ángela Acuña, t. 4, Instituto de Estudios de la Mujer de la Universidad Nacional, Heredia, 265.
- Immerman, Richard H., Goedde, Petra. (eds.). (2013). *The Oxford Handbook of the Cold War* (Oxford, Oxford University Press).
- "Ingresa nuestra organización a la Federación Mundial de la FIM". (1951). *Nosotras*, 22 de mayo, 1.
- "La Asamblea no quiere que se empadronen las mujeres". (1952). *Adelante*, 13 de julio, 1, 4.
- "Las mujeres han tomado en sus manos la bandera de la paz y la defensa de sus derechos nos dice doña Luisa González a su regreso de Copenhague". (1953). *Nuestra Voz*, agosto, 2.
- Laville, Helen. (2013). "Gender and Women's Rights in the Cold War". En Immerman, Richard H., Goedde, Petra. (eds.). *The Oxford Handbook of the Cold War* (Oxford, Oxford University Press), pp. 523-539.
- Lavrin, Asunción. (2006). "Ciudadanía y acción política femenina en Chile y Perú hasta mediados del siglo XX". En Isabel Morant (dir.), y G. Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin (coords.), *Historia de las Mujeres. España y América Latina*, Tomo IV (Madrid: Ediciones Cátedra), pp. 577-595.
- "Llamamiento para la constitución de la "Unión Democrática de Mujeres". (1952). *Adelante*, 20 de julio, 1, 4.
- Longley, Kyle. (1993). "Peaceful Costa Rica, the First Battleground: The United States and the Costa Rican Revolution of 1948", *The Americas*. 50: 2 (October), pp. 149-175.
- "Luisa González, Delegada de 'Alianza de Mujeres Costarricenses' al Tercer Congreso de la Federación Democrática Internacional de Mujeres". (1953). *Nuestra Voz*, junio, 1.
- "Manifiesto de las mujeres castristas al pueblo de Costa Rica". (1953). *Diario de Costa Rica*, 15 de julio, 2.
- McGee Deutsch, Sandra. (2013). "Mujeres, antifacismo y democracia: la Junta de la Victoria, 1941-1947", *Anuario IEHS*, 28, pp. 157-175.
- McGee Deutch, Sandra. (2001). "Spreading Right-Wing Patriotism, Femininity and Morality. Women in Argentina, Brazil and Chile, 1900-1940". En González, Victoria, Kampwirth, Karen. (eds.). *Radical Women in Latin America: Left and Right* (University Park, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press), pp. 223-248.
- McGee Deutch, Sandra. (1999). *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil and Chile, 1890-1939* (Stanford, Stanford University Press).
- McGee Deutch, Sandra. (1991). "Gender and Socio Political Change in Twentieth-Century Latin America", *Hispanic American Historical Review*, 71: 2, pp. 259-306.
- Mérida, Cecilia. (2000). "Mujer y ciudadanía: un análisis desde la antropología de género" (Guatemala: Tesis de Licenciatura en Antropología, Universidad de San Carlos de Guatemala).
- Miller, Francesca. (1991). *Latin American Women and the Search for Social Justice* (Hannover and London: University Press of New England).
- "1500 firmas para la primera jornada". (1951). *Nosotras*, 22 de mayo, 1.

- Molina Vargas, Silvia Elena. (2011). "El Partido Progresista Independiente y las ataduras ideológicas de la proscripción." Avendaño Rojas, Xiomara, coord., *Historia electoral de Centroamérica. Elecciones, organizaciones política y ciudadanía (siglos XIX y XX)*. Managua, Lea Grupo Editorial, 259-298.
- Mora, Virginia. (2003). *Rompiendo mitos y forjando historia. Mujeres urbanas y relaciones de género en el San José de los años veinte* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría).
- Muñoz Guillén, Mercedes. (2008). "La Asamblea Nacional Constituyente de 1949: el discurso anticomunista y la inconstitucionalización del Partido Vanguardia Popular." *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*. San José, 9: 1, 96-111.
- Muñoz Guillén, Mercedes. (2008-2009). "Democracia y Guerra Fría en Costa Rica: el anticomunismo en las campañas electorales de los años 1962 y 1966." *Diálogos. Revista Electrónica de Historia*. San José, 9: 2 (agosto-febrero), 162-185.
- "Partido Unión Nacional (color azul) Lo femenino y el Unión Nacional". (1952). *La Nación*, 26 de junio, 4.
- Pieper Mooney, Jadwiga E. (2013a). "Fighting Fascism and Forging New Political Activism: The Women's International Democratic Federation (WIDF) in the Cold War." En Pieper Mooney, Jadwiga E., Lanza, Fabio. (eds.). *De - Centering Cold War History. Local and Global Change* (London and New York, Routledge), pp. 52-72.
- Pieper Mooney, Jadwiga E. (2013b). "El antifascismo como fuerza movilizadora: Fanny Edelman y la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM)." *Anuario Instituto de Historia Social (IEHS)*, No. 28, pp. 207-226.
- Pieper Mooney, Jadwiga E. (2009). *The Politics of Motherhood. Maternity and Women's Rights in Twentieth-Century Chile* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press).
- "¿Por qué debemos y tenemos que votar las mujeres?". (1952). *Nosotras*, 1 de mayo, 2.
- Power, Margaret. (2015). "Who but a Woman? The Transnational Diffusion of Anti-Communism among Conservative Women in Brazil, Chile and the United States during the Cold War." *Journal of Latin American Studies*, Vol. 47: 1, pp. 93-119.
- Power, Margaret. (2006). "Mujeres conservadoras en Brasil y Chile." En Isabel Morant (dir.), y G. Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin (coords.), *Historia de las Mujeres. España y América Latina*, Tomo IV (Madrid: Ediciones Cátedra), pp. 633-650.
- Power, Margaret. (2002). *Right-Wing Women in Chile. Feminine Power and the Struggle Against Allende* (University Park, Pennsylvania, The Pennsylvania State University Press).
- Prieto, Emilia. (1949). "En la lucha por la paz, las mujeres tenemos que ocupar los primeros puestos. -Dice Doña Emilia Prieto," *Nosotras*, 30 de octubre, 1.
- "Primera Conferencia Nacional de Madres defensoras de la paz." (1951). *Nosotras*, 15 de abril, 1.
- "Programa de la Unión de Mujeres *Carmen Lyra* aprobado en la Conferencia Nacional celebrada los días 15, 16 y 17 de agosto de 1949". (1949). *Nosotras*, 15 de noviembre, 3.
- Rodríguez de Ita, Guadalupe. (2012). *Mujeres abriendo brecha en la primavera guatemalteca (1944-1954)* (México D.F., Nostromo Ediciones).
- Rodríguez, Eugenia. (2017). "Anticomunismo, género y Guerra Fría: las mujeres y el Partido Comunista de Costa Rica (1931-1948)." En Adriana Valobra y Mercedes Yusta, (eds.), *Queridas Camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas* (Buenos Aires y Madrid, Miño y Dávila Editores, 2017), pp. 133-152.
- Rodríguez, Eugenia. (2014). "Madres, reformas sociales y sufragismo: el Partido Comunista de Costa Rica y sus discursos de movilización política de las mujeres (1931-1948)," *Cuadernos Intercambio*, Vol. 11: 1, pp. 49-84.

- Rodríguez, Eugenia. (2006). "Movimientos de mujeres y feministas en América Central (1890-1965)". En Isabel Morant (dir.), y G. Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin (coords.), *Historia de las Mujeres. España y América Latina*, Tomo IV (Madrid: Ediciones Cátedra), pp. 553-575.
- Rodríguez, Eugenia. (2002). La lucha por el sufragio femenino en Costa Rica (1890-1949). En Rodríguez, Eugenia. (Ed.). *Un siglo de luchas femeninas en América Latina* (San José: Editorial Universidad de Costa Rica), pp. 87-110.
- Rovira Mas, Jorge. (1982). *Estado y política económica en Costa Rica 1948-1970* (San José, Editorial Porvenir).
- Rupp, Leila J. (2010). "Constructing Internationalism. The case of transnational women's organizations, 1888-1945". En Offen, Karen, (ed.), *Globalizing Feminisms 1789-1945* (London and New York, Routledge), pp. 139-152.
- Schoultz, Lars. (2013). "Latin America." En Immerman, Richard H., Goedde, Petra. (eds.). *The Oxford Handbook of the Cold War* (Oxford, Oxford University Press), pp. 190-210.
- Solis, Lilly de. (1951). "El primer deber que tenemos hoy todas las madres del mundo, es el de rescatar nuestros hogares del desastre de una Tercera Guerra Mundial. Declara la señora doña Lilly de Solís, quien ha conseguido 850 firmas por un Pacto de Paz", *Nosotras*, octubre, 4.
- Tinsman, Heidi. (2002). *Partners in Conflict. The Politics of Gender, Sexuality, and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973* (Durham and London, Duke University Press).
- Toro Céspedes, María Stella. (2015). "Las mujeres de derecha y las movilizaciones contra los gobiernos de Brasil y Chile (1960 y 1970)", *Estudios Feministas*, Florianópolis, 23: 3, 406, pp. 817-837.
- Urbina Gaitán, Chester. (2014). "La era atómica en la prensa comercial costarricense (1945-1948) y en la revista *Nosotras* (1949-1952)", *Repertorio Americano. Segunda Época*. Heredia. No. 24 (enero-diciembre), pp. 31-47.
- Valobra, Adriana María. (abril, 2015). "Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951", *Revista Izquierda*, 23, pp. 127-156.
- Valobra, Adriana María. (2014). "'Mujeres-sombra' y 'Barbudas'. Género y política en el Primer Congreso Latinoamericano de Mujeres, Chile, 1959". *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 14, pp.1-17.

Acerca de la autora

Eugenia Rodríguez Sáenz (1961), Costarricense. Doctora en Historia por *Indiana University* (Bloomington, U.S.A.). Catedrática Humboldt 2016 Universidad de Costa Rica, Profesora de la Escuela de Historia e Investigadora y Coordinadora del Programa de Géneros e Identidades en América Latina del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica. Ha sido Coordinadora de la Sección de Historia y Género del Congreso Centroamericano de Historia (1996-2018) e investigadora invitada del *Institute of Latin American Studies* (ILAS) y del *Institute for the Study of the Americas* (ISA) ambos de la *University of London* y del *Center for Latin American and Caribbean Studies* (CLACS), *Indiana University*. Ha recibido en forma compartida el Premio Áncora de Ensayo (1993). Autora de más de 60 artículos científicos y 14 libros sobre historia de la familia, de las mujeres y de las relaciones de género en Centroamérica con énfasis en Costa Rica, durante los siglos XIX y XX. Entre sus principales libros figuran: *Divorcio y violencia de pareja en Costa Rica (1800-1950)* (2006); *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)* (2000) y *Campaña Nacional, crisis económica y capitalismo. Costa Rica en la época de Juan Rafael Mora (1850-1860)* (2014). Editora de los libros: *Un siglo de luchas femeninas en América Latina* (2002); *Mujeres, género e historia en América Central durante los siglos XVIII, XIX y XX* (2002) y *Entre silencios y voces. Género e historia en América Central (1750-1990)* (1997). Entre sus principales artículos destacan: “Anticomunismo, género y Guerra Fría: las mujeres y el Partido Comunista de Costa Rica (1931-1948)”, en Adriana Valobra y Mercedes Yusta, (eds.), *Queridas Camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas* (2017); “Mujeres, elecciones, democracia y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1953)”, en Iván Molina y David Díaz, eds., *El verdadero anticomunismo. Política, género y Guerra Fría en Costa Rica (1948-1973)* (2017); “Women in Central America”, en Bonnie G. Smith, ed., *Encyclopedia of Women in World History* (2008); “Movimientos de Mujeres, Feministas y Sufragistas en América Central (1890-1965)”, en Isabel Morant, dir. y G. Gómez-Ferrer, Gabriela Cano, Dora Barrancos y Asunción Lavrin, coords., *Historia de las Mujeres. España y América Latina, Tomo IV* (2006); “Women’s History and Gender History in Central America: An Introductory Balance”, *The International Federation for Research in Women’s History* (IFRW) (2005).

Esta investigación estudia en qué medida el fenómeno global de la Guerra Fría, la internacionalización de los derechos de las mujeres y la emergente organización mundial de las mujeres de la pro izquierda comunista y antifascista, contribuyeron a replantear y realinear las identidades políticas y ciudadanas de las mujeres en Guatemala, Costa Rica y Chile durante el período 1945-1973. Sin duda, la Guerra Fría, al enfrentar a escala mundial a Estados Unidos y a la Unión Soviética, estableció nuevas e inesperadas conexiones entre las especificidades de las políticas nacionales y las demandas priorizadas por la confrontación global entre Washington y Moscú.

Colección Cuadernos del Bicentenario · CIHAC

En el 2021 las sociedades centroamericanas celebrarán doscientos años de independencia política. En estos dos siglos, estos países han pasado por una serie de transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que han modelado sus estructuras internas, que han modificado sus subjetividades y que les ha cosechado el presente que tienen. No es por eso sorprendente echar un vistazo a las ilusiones que tenían los individuos que vivieron los primeros años de independencia acerca del futuro de esta región y encontrarse que una buena parte de su programa político no se realizó o bien ocurrió de manera diferente a como lo imaginaron.

Es por eso que el Centro de Investigaciones Históricas de América Central ha decidido producir la presente colección de cuadernos cuyo propósito será reunir estudios, fuentes, bases de datos y propuestas teórico-metodológicas sobre la historia centroamericana.

CIHAC

Centro de
**Investigaciones Históricas
de América Central**

ISBN: 978-9968-919-38-8



9 789968 919388